

LA **Red-VISTA** DE UMBRAL

#3 JUNIO 2024

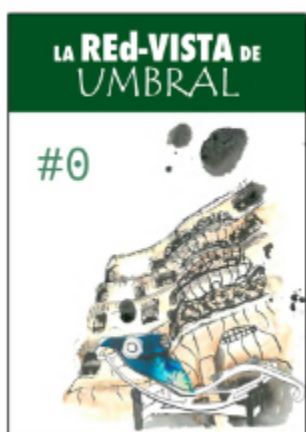
EL DUELO



Revista de difusión gratuita de UMBRAL –Red de Asistencia “psi”

REd-VISTA UMBRAL

consulte nuestras publicaciones on line en >> <https://umbral-red.org>



1	Nota editorial
	M. LAURA FRUCELLA
5	Alegoría de un duelo
	PATRICIA LOMBARDI
9	Ritos por los muertos
	LAURA KAIT
13	Entrevista a Agnès Agboton
	POR AITOR ESPAÑA
19	Duelos, duelos
	LIDIA ORTIZ VIVES
23	El duelo y sus implicaciones
	MÓNICA NEGRI
27	El duelo, ¿qué trabajo?
	VANESSA NÚÑEZ
31	Sombras de una ausencia
	SILVINA MOSQUERA GENLOT
33	Sobre los duelos del alma viviente
	ROSA NAVARRO
36	De duelos
	ALBERT GARCÍA HERNÁNDEZ
38	Diario roto (fragmento)
	M. LAURA FRUCELLA
41	Cuando la pena se vive como miedo
	MATILDE MAYOR
45	Pérdida psíquica y duelo
	MIQUEL À. RIERA
49	El duelo
	TERESA MORANDI
53	Lo imposible del duelo
	CLAUDIA LUJÁN
57	¿Captar la muerte? Captar la vida
	MONTSERRAT RODRÍGUEZ GARZO
63	El duelo duele
	RAÚL AZZARINI
67	Una conversación
	EDUARDO MARDARÁS
71	Fotografía de un duelo
	MACARENA GONZÁLEZ ESPINOSA
75	Unas palabras para una amiga que se fue
	DANIELA APARICIO

Contenido #1

LA RED-VISTA DE UMBRAL

EL DUELO

UMBRAL – Red de asistencia «psi» – <https://umbral-red.org>

Equipo de Coordinación

VERÓNICA BOGAO

M. LAURA FRUCELLA

LAURA KAIT

ALEJANDRO PIGNATO

ALEJANDRA QUINTAS

coordinacion@umbral-red.org

Equipo de Derivaciones

VERÓNICA BOGAO

LAURA KAIT

ALEJANDRA QUINTAS

derivaciones@umbral-red.org

Equipo de Formación

GRAZIELLA BARAVALLE

LAURA KAIT

formacion@umbral-red.org

Equipo de Publicaciones

FRANÇOIS DESPLECHIN

M. LAURA FRUCELLA

ALEJANDRO PIGNATO

publicaciones@umbral-red.org

Tesorería

ALEJANDRA QUINTAS

tesoreria@umbral-red.org

#3

Staff de La RED-VISTA

AITOR ESPAÑA

M. LAURA FRUCELLA

SILVINA MOSQUERA

red.vista@umbral-red.org

foto de tapa: GABY OGGERO

Sede Girona

ENRIQUE ATZENWEILER

AITOR ESPAÑA

ALICIA GARCÍA FERNÁNDEZ

MARÍA GONZÁLEZ

MARIANA GRONDA

umbralgirona@umbral-red.org

Sede Tarraco

CLARA BERMANT

ROSA NAVARRO

FANNY TAYANT MARTÍNEZ

umbraltarraco@umbral-red.org

Nota editorial

M. LAURA FRUCELLA

En la primavera de 2023, cuando pensábamos sobre nuestro siguiente número de la Redvista de Umbral, la idea de dedicarlo al duelo surgió con naturalidad. Si hay una temática que es central en las consultas de los psicoanalistas es la cuestión de la pérdida, sea que ella incumba a personas amadas, bienes, vínculos o atributos personales.

Hay una pérdida de base, algo que es necesario perder para poder desear. Freud considera que esa pérdida se da en los primeros tiempos de la vida, luego de haber probado ese goce casi mítico al que llama primera vivencia de satisfacción, y que acompaña los primeros momentos del niño en su encuentro con el Otro materno. Sin ella ningún recorrido sería posible, pues el deseo se edifica precisamente en torno al objeto que falta. Para Lacan, en cambio, el objeto está perdido de entrada, esa vivencia de placer total, cercana a la alucinación e inefable, nunca se produjo: los seres humanos somos seres en falta desde el origen.

Lo que falta es, por lo tanto, parte insoslayable de nosotros mismos. Pero ¿qué ocurre cuando esa falta se reactualiza en una pérdida? Freud quiso

hacerse esa pregunta despojándose del sentido común: ¿por qué sufrimos tanto cuando perdemos cosas, especialmente cuando la muerte nos arrebató un ser querido? Notemos que en esta pregunta, Freud apunta a desentrañar no el sentido de esa pérdida, para lo cual bastaría con el discurso general donde lo doloroso de esta situación está totalmente aceptado y comprendido, sino el mecanismo afectivo por el cual el dolor se siente efectivamente, esto es, lo que toca realmente al cuerpo. Por ello, su respuesta va en esa dirección: «el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma», afirma en *Duelo y melancolía*, célebre texto que se ha consagrado como referencia ineludible a la hora de pensar el duelo.

Otra es la perspectiva de Lacan, que pone el acento no ya en el «objeto libidinal» que perdemos con el ser querido, sino en ese objeto que éramos para él y que ya no somos. La muerte del ser querido se lleva un trozo de nosotros. Es desde esta orientación que Jean Allouch, psicoanalista y lúcido teórico del psicoanálisis que nos ha dejado recientemente, critica la idea

freudiana de que el duelo es el mero trabajo de sustituir el objeto perdido, tarea que podría llegar a consumarse sin dejar resto. Idea, por cierto, que sus cartas desmienten: en ellas, leemos a un Freud en pleno reconocimiento de lo imposible de este duelo sin resto cuando involucra la pérdida de un hijo.

Todas estas cuestiones se desgranar detalladamente en los artículos de este

número de nuestra revista, que muestran un abanico de posiciones teóricas más inclinadas hacia una u otra dirección. Como en cada número, hemos querido también acercarnos al pensamiento y la experiencia de alguien en particular mediante una entrevista. En esta ocasión, la escritora Agnès Agboton nos abre una perspectiva totalmente diferente respecto del duelo, fruto de sus marcas de origen y su re-

flexión sobre los distintos modos de enfrentarnos a la pérdida de nuestros seres queridos según las tradiciones y ritos de las diversas culturas que nos atraviesan.

Y como en cada número también, hemos reservado espacio para los cruces con el arte, esta vez presente no solo por medio de poemas y textos literarios, sino también a través de imágenes fotográficas.

Esperamos que nuestras letras contribuyan a iluminar una problemática tan humana y crucial como lo es el duelo, y que estos textos puedan acer-

car ideas y reflexiones valiosas a quienes se interesen en la mirada propia del psicoanálisis.



Gaby Oggero. Huellas en la playa.
Playa de Montgat, Barcelona, julio 2022.

Alegoría de un duelo

PATRICIA LOMBARDI

Una exposición reciente de Claude Monet me condujo al tema que nos convoca. De los 50 cuadros cedidos temporalmente, quiero destacar una pintura fechada entre 1918-1919 que se titula *Sauce llorón* (Weeping Willow), así como el enclave tan singular que lo enmarca.

La «obra lenta»

Sabemos que Claude Monet fue uno de los fundadores del impresionismo francés. El nombre de este movimiento artístico se asocia a una de sus obras *Impresión*, sol naciente (1872). Época en que los pintores abandonaron los ateliers para captar la naturaleza in situ, apasionados por los cambios de luz, a plein air, por los contornos que se sedibujan, por pinceladas que aspiran a atrapar el instante de un día, esafugacidad que escapa.

Pero Monet, además de perdurar por su prolífica obra, se le conoce por otra creación, su jardín acuático de Giverny.

Sobre el inicio de éste, se relata el encuentro casual del pintor –mientras buscaba nuevos escenarios para su labor– con una casa que le «hechizó». Era una casa abandonada, rodeada de



huertos, de iris amarillos y con el perfil redondeado de la colina dominando el pueblo.

Con el tiempo pudo comprarla, iniciando así y durante décadas la creación de su jardín acuático, en el que destaca la singularidad de un gran estanque poblado de nenúfares. Es fácil asociar el nombre de Monet a escenas captadas en ese lugar tan frondoso como florido.

Ese jardín fue considerado por él como su mayor logro, reconocía el tiempo que le había dedicado y su afecto:

Mi jardín es una obra lenta,
hecha con amor.
Y no esconde que me enorgullece.

El sauce llorón que pintó (o la serie de ellos), formó parte de esa obra lenta, en permanente construcción y

ampliación. Se erguía sobre la orilla del estanque.

Hay que decir que en esa figura se agolparon sucesivas pérdidas: la muerte de su segunda mujer, luego, la de su hijo Jean, la de compañeros y amigos, el inicio de la ceguera y el anuncio de la Primera Guerra Mundial.

El trabajo de duelo acompaña a esta imagen y nos introduce en esa ficción en la que una figuración condensa el dolor subjetivo. El catálogo de la exposición lo expresa así:

Durante estos años marcados por la soledad, el pintor recluso en su jardín, dedicó una serie de cuadros al motivo del sauce llorón, una especie de símbolo del dolor que lo atenazaba.¹

Ahora bien, podemos usar esta alegoría y preguntarnos: ¿qué nos permite atravesar los avatares imprevisibles, la fatalidad que conlleva la vida? No todos somos artistas, el recurso a la su-

1. Catálogo Monet, obras maestras del Musée Marmottan Monet, París. Centro, Madrid, p. 202 (septiembre 2023 – febrero 2024)



Claude Monet, en Catálogo Monet, obras maestras del Musée Marmottan Monet, París, 2022.

blimación o a desplazar y reconectar la libido en otros objetivos a veces no es fácil, hay duelos que se prolongan.

Construir la propia obra

Introduzco en este sentido otra «obra lenta». ¿Por qué no llamarla así cuando sabemos que el furor sanandi no nos sirve a los fines que buscamos? Me refiero al trabajo analítico, a esa elaboración subjetiva que se hace no sin amor, es decir, bajo transferencia.

Aquí las palabras toman protagonismo, portan el dolor de los afectos que desaparecieron, del cuerpo que ya no nos sostiene, de los ideales que desfallecen, de las guerras que no buscamos ni queremos, de lo que no comprendemos, del sinsentido ...

Recuerdo la observación de Nietzsche² cuando menciona la necesidad tan «humana» de encontrar un sentido a la existencia, un sentido a la vida para seguir en ella.

Monet encontró sosiego en su obra lenta, en ese jardín que construyó y que le inspiró para seguir viviendo cuando su mundo se derrumbaba.

Hay otras modalidades de hacer frente al desasosiego, el trabajo analítico puede ser una de ellas, permite saber lo que nos dolía en el duelo y aligerar eso, dejarlo ir, como hoja seca que se desprende de la rama, sin que la rama muera.

La obra lenta de un análisis retoma al modo de los impresionistas las mismas escenas –en nuestro caso las mismas palabras– bajo diferentes luces, destacando detalles y propiciando una nueva lectura de lo dicho, del pasado que traemos. Que la tragedia admita pinceladas de alegría, de satisfacción. Es una apuesta, un desafío, como lo es la existencia misma y sus inevitables duelos.

PATRICIA LOMBARDI

Psicoanalista,

Miembro de la ELP-AMP

(Barcelona). Psiquiatra y

psicoterapeuta en diferentes centros

asistenciales de la red pública,

con actividades de coordinación

y docencia. Ha participado en

Jornadas, Congresos, y publicaciones

de psicoanálisis. Actualmente ejerce

sólo en consulta privada.

lombardipm4@yahoo.es

2. Nietzsche, F. *La Gaya Ciencia*. Edimat libros.



Foto JoséTappan



Foto Arely Hernández Ávila



Foto JoséTappan

Ritos por los muertos

LAURA KAIT

Viajo. Soy una viajera vocacional. Ciudades, pueblos, paisajes. Museos, monumentos, parques. Exposiciones, alamedas, montes. Eventos y ferias pueden ser parte de las rutas, pero hay dos infalibles: mercados y cementerios. Pienso que conocer cómo se alimenta la gente y cómo recuerda a sus muertos, me enseña mucho de las distintas culturas. Y en cada una de ellas, los humanos han construido dioses con la idea de solucionar varias cuestiones; la fundamental, no tolerar el fin de la vida. Ni el propio final, ni el de los que aman. Los humanos suponen a sus dioses en mundos fantásticos donde iremos a parar después de muertos. Para muchos esto es de enorme consuelo. Si el momento de nacer viene celebrado año a año, el momento de morir no lo será menos. El inicio celebrado con la alegría de la vida. El final con el dolor de la despedida sin fin. Funeral, duelo, luto, son rituales fundamentales para paliar ese dolor.

Los musulmanes visten el luto de blanco y los cristianos de negro. Mientras estos ponen flores en los velorios, que antiguamente servían para neutralizar el olor que podía despedir el cadáver, los judíos colocarán una piedra en la tumba para reconstruir el templo de Jerusalem.



En occidente el uso del ataúd está generalizado, los cristianos exhiben el cadáver, mientras los judíos lo tienen prohibido. Mirar un muerto, es casi un acto obsceno y el ataúd está cerrado. Los musulmanes en cambio, ni lo usan. El cuerpo va directamente a la tierra, siempre envuelto en finas telas blancas. Los hombres se envuelven con tres telas, las mujeres con cinco. Hasta muertas han de ir más tapadas.

Las dos religiones semíticas, judía e islam, prohíben embalsamamiento, cremación y monumentos funerarios. Los cuerpos deben volver a la tierra de donde han venido. Las tumbas son rectángulos de piedra sobre el lugar del entierro, con alguna inscripción. En cambio, en los cementerios católicos podemos encontrar esculturas y panteones que llegan a ser verdaderas obras de arte. Otras religiones de la cristiandad son más austeras y en los cementerios protestantes o anglicanos encontramos más jardines que monumentos.

Algunas culturas hacen grandes comilonas luego del funeral, lo vemos en las películas de Hollywood. En cambio, las culturas semíticas se reúnen

en torno a la palabra. Las familias musulmanas leen el Corán durante tres días. Los judíos sostienen un funeral de siete días en que recitan el kaddish, una oración en arameo, y tapan los espejos de sus casas para evitar signos de vanidad. Interesante a la hora de la despedida, la palabra y no la imagen.

Hasta aquí, algunas maneras de ritualizar la muerte en las tres grandes culturas monoteístas. Pero hay muchas más. Sabemos que los hindúes siempre queman el cadáver en una pira junto al río Ganges, donde tirarán los restos. Los negros en New Orleans acompañan a sus muertos con bandas de jazz, canciones y bailes. Y mientras las pirámides en América Latina son templos religiosos, en Egipto fueron tumbas...

Pero si alguien grita «Viva la muerte», será mexicano. Posiblemente no haya otra cultura que celebre a sus muertos con tanta dedicación.

Comencemos por la frase, que podría tratarse del mayor oxímoron escuchado: ¡que viva la muerte! Una contradicción decidida que se fragua hace más de cinco siglos en el cruce de los ritos y creencias originarias y la llegada del catolicismo con las invasiones españolas.

La Fiesta de Muertos tiene su origen en la creencia de que estos vuelven transitoriamente a visitar a familiares y amigos cruzando el Mictlán para pasar unos días con los aún mortales.

Mictlán es una palabra nahual que significa lugar de muertos. Así, el 2 de noviembre, día de los muertos en el catolicismo, es el día en que «se abre el umbral» entre nuestro mundo y el Mictlán, y los muertos vuelven.

Al dios de los muertos se lo representa como un esqueleto de ojos brillantes, necesarios para iluminar la oscuridad subterránea. Allí van a parar las almas de los humanos al morir, quienes regresan anualmente, al reencuentro con los seres amados. Los vivos los esperan con lo que saben a ellos les gustaba. Construyen en las casas, en las escuelas, en los parques, en los cementerios, artísticos altares con comidas y frutos del gusto de sus muertos queridos.

Niños y adultos se disfrazan y maquillan de muertos o del dios de la muerte; quien llegase a México en esos días, desconociendo esta celebración, podría pensar que está en un macabro carnaval. Hay pasteles y golosinas para celebrar. Calaveras de azúcar o chocolate y hasta pan de muerto...

No falta la música. Como ejemplo, citaré los primeros versos de Feliz de la Muerte, donde el personaje que canta es un muerto preparándose para atravesar el umbral:

Mañana será día de fiesta
día de carnaval, de libertad total
después de tanta paz
se irá mi soledad saldré de prisión
y al rayo del sol
mis huesos sentirán calor
mañana veré a los que amo

y el mundo que extrañé lo volveré a tener...

Curiosa inversión suponer que un muerto nos recuerda. La memoria está en los vivos que mantenemos a nuestros seres queridos fuera del eterno olvido, en la memoria. Ahí, también los no religiosos tienen sus rituales. Hacer el duelo es a la vez despedida y retención en la memoria.

Entonces, aprovecho este tema del duelo, para recordar que este año 2023, y en un breve lapso de tiempo, los psicoanalistas hemos perdido a dos colegas entrañables. Gerard Pommier murió el 1 de agosto y Jean Allouch el 16 de septiembre. Han sido profesionales destacados dentro del campo clínico, obtuvieron un lugar de Maestros por su generosidad en la enseñanza y la transmisión. Han escrito numerosos libros donde han repensado el psicoanálisis. Grandes lectores de la obra de Freud y de Lacan, supieron crear sus propias posiciones teóricas de un rigor y seriedad admirables. He tenido el privilegio de conocer a ambos y la fortuna de hacer mi análisis con Gerard Pommier. Si me tocase prepararles un altar para el reencuentro seguramente habría un buen vino, que disfrutaríamos entre sus sabias palabras y siempre la carcajada. Van a faltarnos, nos queda su obra.

Terminaré citando el mejor libro que se ha escrito sobre el tema que nos convoca en psicoanálisis, *Erótica del*

Duelo en el Tiempo de la Muerte Seca y su autor no es otro que Jean Allouch:

Quien está de duelo se relaciona con un muerto que se va, llevándose consigo un trozo de sí. Y quien está de duelo corre detrás, los brazos tendidos hacia adelante. Para tratar de atraparlos a ambos, al muerto y al trozo de sí mismo, sin ignorar que no tiene ninguna posibilidad de lograrlo.

Los vivos corriendo tras el muerto, nunca al revés. Por eso este texto no se llama «Rito para los muertos», sino por ellos. Los ritos son para quienes seguimos vivos. Tal vez «hacer el duelo» signifique dejar de correr y a la vez permitirse el reencuentro en cada recuerdo, en cada rito, para recuperar lo mejor que nos han dejado, ya sea en un día de muertos u otro cualquiera... en la memoria.

LAURA KAIT

Psicoanalista, supervisora y
enseñante.

Fundadora de UMBRAL, Red
de Asistencia «psi» en 2002.

Coordina el equipo de Formación.

Sostiene su seminario. Realiza
entrevistas de derivación. Miembro
de FEP, Fondation Européenne
pour la Psychanalyse. Participa
en sus Congresos y Coloquios

Internacionales. Publica anualmente
en Trauma, Estudios de Clínica
Psicoanalítica y en la web de
UMBRAL. Escribió *Madres no*

mujeres. Embarazo adolescente. Ed.
2007 en Barcelona, por Del Serbal
y en 2014, Labor de Ed. Argentina.

laukait13@gmail.com



Foto:LauraFrucella

Entrevista a Agnès Agboton

por AITOR ESPAÑA



EN LA PLAZA

En *Tres Colores: Azul* (Kieslowski, 1993), el personaje de Juliette Binoche, aquejada de una pérdida traumática y desgarradora, decide abogar por la ruptura de todo cuanto conocía. Apuesta, inútilmente, por la posibilidad de un reinicio total y completo en un afán por ahogar el dolor que la persigue. Cree que perder lo más valioso que tenía implica con inevitabilidad perderse a sí misma, en lugar de atesorar lo que los que han partido le han legado para poder reencontrar los colores del mundo.

La obra de la escritora beninesa Agnès Agboton es un ejemplo de mante-

ner cercano lo que parece muy lejos y casi perdido. Poeta, escritora y narradora de cuentos infantiles de la tradición oral africana, su producción lleva muy presente la marca de lo que otros le han prestado para que sus enseñanzas no se borren con el discurrir del tiempo. Así, nos acercamos a conversar con Agnès para hablar de olvidos y reencuentros, para conocer qué le han dejado a ella las distintas pérdidas por las que su vida ha transcurrido y pensar sobre si lo que ha partido no tiene realmente modo de regresar en nosotros.

Ante una pérdida, incorporamos elementos de aquello que se ha perdido. Es la experiencia del heredar. La transmisión que haces de los cuentos es una forma de permitir que otros sigan heredando.

Es cierto. Pero hay paradigmas culturales que impiden una transmisión completa. Frente a unos modos de vida y unos modos de entenderlos, cuando tienes un discurso nuevo, distinto, cuesta transmitir los valores y lo que el mensaje entraña.

Como si de un corte, de una distancia insalvable se tratase.

Hay mensajes que para ser entendidos deberían ser transmitidos a menudo.

¿Qué te moviliza a seguir con esa transmisión?

La deshumanización de la cultura occidental, que está ocurriendo a un ritmo muy acelerado. Hay un cuento que ya no puedo narrar, lo abandoné. Les parecía demasiado violento. Esto fue una sacudida para mí. Esta transmisión es una necesidad vital mía. Y me encuentro impotente para poder transmitir todo lo que quisiera. No todo tiene que estar basado sobre el bien o el mal. A nadie le gusta matar una gallina, pero la tenemos que matar para comer. En África somos animistas, es decir, que tenemos un gran respeto por todos los elementos de la naturaleza. Las historias y las leyendas que salen de allá son una forma de po-

der apreciar esto.

Hablas de ritmo acelerado. Freud decía que el trabajo del duelo se ejecuta pieza a pieza e implica un gran gasto. ¿Es posible tramitar un duelo, en un mundo tan acelerado?

No, categóricamente. Creo que no se puede. El duelo requiere de muchos años para poder 'hacer limpio'. En la cultura africana, o al menos en la mía, la despedida de un difunto es un proceso muy largo y que implica a toda la comunidad. Ya eso habla mucho del significado distinto que tiene la muerte para nosotros. Pienso en la muerte de mi padre. Él murió un día de marzo. Allí se intenta que todos los hijos estén reunidos para despedir a la persona. Puede pasar hasta un mes que se aguanta el difunto en la morgue. Yo en ese momento estaba en Pamplona, y me angustié ante la idea de no poder llegar a tiempo para despedirle y que ya lo hubieran enterrado cuando yo llegase.

Te había engullido, en cierta forma, el modo de funcionar de occidente.

De alguna forma, estaba olvidando las costumbres de mi pueblo. Después de la morgue, el muerto regresa a casa, se hacen unos ritos y rezos especiales para despedirnos de él. Tras unos meses, se vuelve a hacer una ceremonia para esta persona, y al cabo de unos años, de nuevo. Además, creemos en la reencarnación, y dependiendo de la etnia, hay un altar con todos los que

se han ido, que dejan sus almas y su persona y permitimos que reencarnen en otra persona que vaya a nacer. Se hacen ceremonias también para saber quién ha reencarnado en quién. Por ejemplo, a mí me dicen que una tía mía reencarnó en mí y llevo su nombre incluso.

En tu cultura, aquel que ha partido, termina por regresar.

Sí, pero no errando. Vuelve por medio de otra persona. En este sentido, me sorprenden los ritos de occidente. Aquí la Iglesia tiene mucha presencia, y el entierro es casi inmediato, es un proceso mucho más rápido. Se hace el duelo, pero se tramita de forma mucho más íntima que en mi cultura. Tengo la sensación de que aquí uno, ante la pérdida de un allegado, no se siente tan arropado. Yo sigo con el duelo después de tantos años, me duele, porque la presencia no está, pero recuerdo las ceremonias en las que les hacíamos ofrendas, le cantábamos canciones durante largo tiempo... En Porto-Novo siempre se dice que el muerto tiene que volver a casa. Y en efecto, se lo lleva a su hogar una última vez, antes de que se lo lleve al cementerio.

¿Crees que aquí los duelos no son solo más rápidos sino también más solitarios?

Siempre es algo solitario. Cuando se murió mi marido eché de menos cosas que me hubieran hecho más fácil el

duelo. Tienes tiempo de limar cosas, sí, pero siento que allí se hace de una manera más sana. Evidentemente, estamos ante dos culturas distintas y hay que aceptarlo así cuando vives en una nueva cultura. No es una ausencia tan fuerte, porque siempre sigue, está contigo. El duelo tendría que ser más lento. Hay mucho por archivar. Tengo la sensación de que aquí hay un acompañamiento, claro, pero es algo más volátil. En África el peso de la compañía es mucho mayor. Es como si aquí el individuo tiene más derecho a ser individuo, y ello conlleva creer que puede hacer lo que quiere, como si los procesos de duelo se hicieran cada vez menos para los que se quedan. En África, el individuo lo es en tanto portando un apellido como formando parte de una vasta comunidad.

Lo tecnológico parece alimentar la fantasía de que las cosas no tienen un final, dificultando el encuentro del sujeto con algo tan natural como es la experiencia del duelo.

Una vez, un hombre africano le dijo a un amigo mío que vosotros tenéis el reloj, y nosotros tenemos el tiempo. Y tiene razón, el reloj solo te marca la hora, y yo creo que el tiempo está para dejarlo correr. El duelo tiene que durar el tiempo que tenga que durar. Es un vacío muy grande, pero sigues conservando a la persona de otro modo. A mí me daba mucha rabia, y me enfa-

daba mucho, cuando para consolarme tras morir mi marido, me decían que se me pasaría con el tiempo. Cada ausencia de la persona que se marcha es una experiencia única.

Para llenar ese vacío, uno no puede dejar de pensar en esa persona. Es una ausencia muy presente, en cierto modo.

Yo constantemente me sorprendo en mis actuaciones, me pregunto por qué actué así y es porque llevo a mis muertos conmigo, que me han educado, me han influido.

En alguna ocasión has dicho que cuando muere un anciano, arde una biblioteca.

Sí, porque son libros vivos. Es una frase que tomo de un gran escritor africano, Amadou Hampâté Bâ, de la tradición oral africana. Respetamos mucho a los mayores por las enseñanzas de vida que nos dan. Es como si ya no se tuviera acceso a esas enseñanzas tras su muerte. De ahí también este intento mío de poder recoger toda esta vida en los cuentos populares de cada país africano. Porque hay muchas lecciones de vida dentro de ellos de las personas que me los contaron. Los cuentos no son para divertir solamente, son para aprender de la vida y que cada uno tome lo que le pueda servir para avanzar de este legado.

En ese sentido, lo que arde no solo se consume en cenizas, también ilumina.

Sí, pero son palabras y se van. Si no lo ponemos en papel, se va. A mí me

cuesta mucho poner en palabras en una lengua que no es la mía, pero lo intento y quiero seguir intentándolo.

Lo único que se pierde es aquello que no es capaz de dejar testimonio. Para el psicoanálisis, no estamos hechos sólo de carne y hueso, sino, principalmente, por palabras. Debí ser una especie de pérdida el no poder usar tu lengua materna al llegar a Barcelona.

Fue muy duro. En esa época había muy pocos inmigrantes benineses, y me di cuenta de que lo estaba perdiendo. El *gun* es un idioma muy rico, muy prestado a hacer metáforas. Ahora que lo mencionas, *hue* significa sol, y *luna* es *sun*, y los pescados *shuevi*, hijos del sol. Hay una relación de cómo vemos el mundo. Si los pescados son hijos del sol, esto quiere decir que es muy cercano todo. Tal y como vemos nosotros la naturaleza, la relación que tenemos no es sólo física, sino de pensamiento.

En tu libro *Más allá del mar de arena*, haces muy presente todas las faltas que llevabas en ese momento. Una de las más llamativas eran los colores. «Barcelona era una ciudad en blanco y negro», llegas a decir.

Y en cierto modo, lo sigue siendo. En mi país, incluso, en los ritos de defunción, los más allegados al difunto escogen telas muy variadas para confeccionar los vestidos que llevarán durante la ceremonia de entierro. Son ceremonias muy coloridas.

Lo que sí consideras que no has perdido, son tus raíces, los has dicho en varias ocasiones.

Y no quiero perderlas para sobrevivir en esta selva. Conservar mis raíces es lo que hace que no me vuelva loca. Siento que aquí uno puede perderse muy fácilmente. El choque está brutal, que no sabes por dónde ir. Pero si tienes un palo al que agarrarte, quizá el viento no te lleve.

Me hablas de ese palo para agarrarse para que no se te lleve el viento. Me has hecho pensar en que eso son nuestras pérdidas, con todo lo que nos legan, son un palo que, pese al dolor, permiten sostenernos.

Nos tenemos que enriquecer para continuar. Para poder ser una persona, como dicen en catalán, 'com cal'. A mí por lo menos, mi padre me lo ha marcado mucho. Y luego la otra persona que me ha marcado mucho en esto es mi marido. Sus visiones, su modo de estar en esta vida hacen que yo pueda sostenerme. Más la mía, claro, no quiero decir que yo no tenga un modo de pensar propio, pero todo junto me lleva a aguantar esta embestida del viento. Y siguen presentes, tanto unos como otros, amigos muy queridos, personas clave de los que te has podido influir. No se han marchado. Aquí se suele decir 'el muerto se ha marchado'. La frase es simple, pero tiene una connotación muy fuerte, si la comparamos con lo que te decía de

que en mi país se dice que el muerto ha de regresar a casa. No se marchan, no se olvidan. Se los llora y se sigue viviendo con ellos, están con nosotros y en la naturaleza. También ellos mismos, los ausentes, nos recuerdan una vez al año que no nos han abandonado. Por lo menos en la cultura vodún, de la que procedo, los «Kuvitó», los muertos, nos vuelven a visitar vestidos muy elegantemente pero sin que les veamos las caras. Son mujeres, hombres y niños que pasan por las casas y nos hablan en un tono de voz muy especial. Esto también consuela, porque uno sabe, y tiene la esperanza, de que no está solo o sola.

AITOR ESPAÑA RODRÍGUEZ
Psicólogo General Sanitario.

Miembro de Umbral Girona. Equipo editorial de la Red-*vista* de Umbral. Miembro adherente de APERTURA.

Miembro del Grupo de Trabajo 'Actualizaciones del psicoanálisis en la clínica del siglo XXI' del COPC.

Práctica privada en Girona.

aespanarodriguez@gmail.com



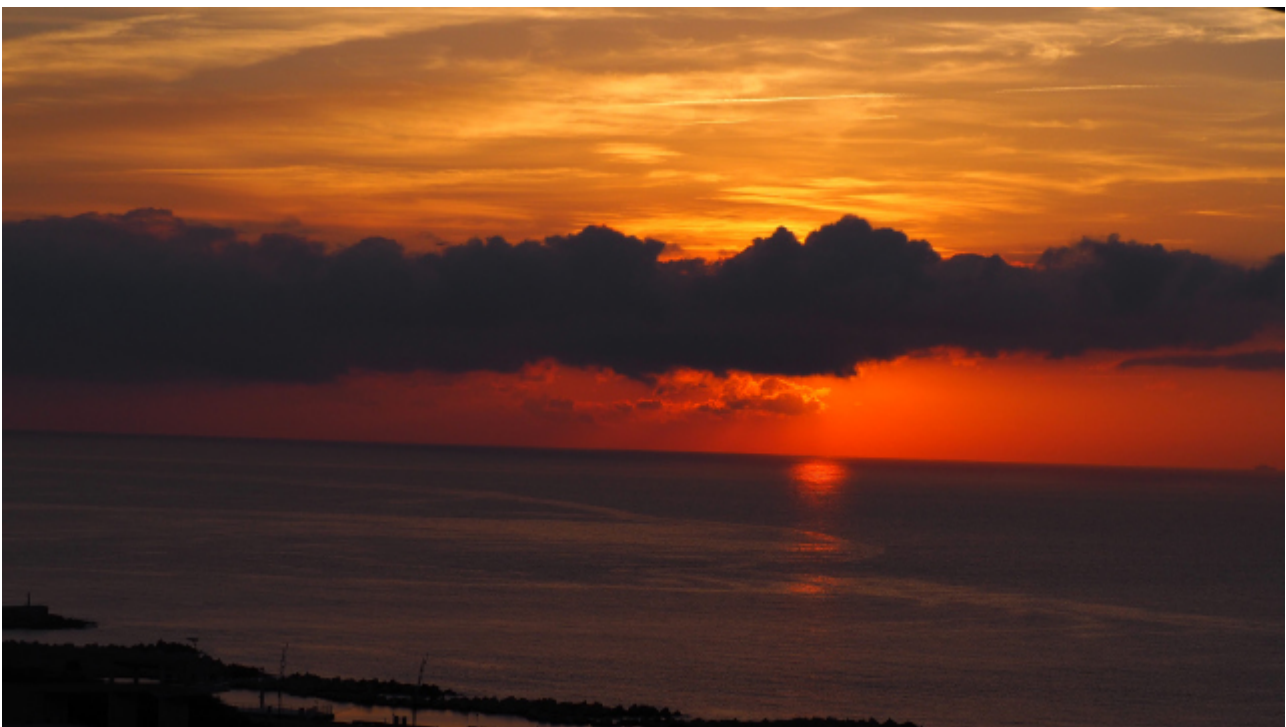


Foto:LauraFrucella

Duelos, duelos

LIDIA ORTIZ VIVES

Crecí escuchando las historias de fantasmas que contaba con naturalidad mi abuela materna. No se trataba de cualquier aparecido, ella había visto a cada una de sus personas queridas poco después de que estas la dejaran, y solo por un corto espacio de tiempo; era su manera singular de poder transitar los duelos, pues le resultaba especialmente difícil despedirse y aceptar la pérdida. Verlos vivos una vez más, antes de que la realidad de la muerte la envolviera por completo, era su última oportunidad para poder atarlos un poco más de tiempo, solo un poco más, a ella.

Mi abuela solía contarnos lo unida que se había sentido siempre a su nodriza, con quien vivió hasta los 7 años y que la había criado con los amorosos cuidados de una buena madre, mientras la verdadera prefería otras realidades más frías y festivas. Cuando esta nodriza, o dida, como se las llama en catalán, falleció, mi yaya no se sintió con ánimos de asistir al entierro, quedándose junto a su hija recién nacida. Se hallaba sentada junto a la cuna del bebé, cuando oyó que alguien entraba en la casa, y hasta ella llegó la voz de su llorada dida con su saludo ha-



bitual: «Que hi sou?» (¿estáis?). Con una mezcla de asombro y estupor, la vio entrar en la habitación, acercarse con un gesto afectuoso para mirar a la niña. Mi abuela contaba que solo había logrado articular: «Dida, em fas por» (me das miedo). Tras lo cual la aparición se disolvió en la nada. «Va venir a veure la nena» (vino a ver a la niña), decía después con una sonrisa de satisfacción, y apoyaba la veracidad de su relato añadiendo que, según supo más tarde, el vestido, y también el velo, que llevaba su nodriza en ese fantástico encuentro, eran los mismos con los que había sido enterrada.

Mi yaya nos contaba que había perdido a su primer marido cuando este apenas tenía 23 años; sobreviviente azaroso de la guerra, bebió agua corrompida en su penoso viaje de vuelta al hogar, y había sucumbido al tifus a los pocos días de llegar a casa. Mi abuela no lograba aceptar tener que separarse del hombre que tan bien la había amado y protegido, y que la de-

jaba con un bebé de pocos meses. De nuevo otra pérdida enlazada a una vida que asoma, y una mujer dividida en una encrucijada: disolverse en la tristeza o luchar por la esperanza. Había sido entonces cuando una tarde despertó de la siesta y vio junto a la cama a su amor perdido, quien, contaba ella aún emocionada, la miraba con pesar. Al pedirle mi abuela que la llevara con él, este respondió lo único que podía convencerla y salvarla de la melancolía, como una mano fuerte que estira de ti hacia la vida: «¿la nena?».

Estas eran algunas de las historias de fantasmas familiares que contaba mi tía Lidia, y nadie en la familia expresó nunca ninguna duda de la autenticidad de sus relatos. Tal vez todos sabían cuán doloroso es morir para el otro, el que se ha ido, porque sentimos que quien fuimos para esa vida recién apagada ya nunca volverá; de alguna manera, también nosotros morimos un poco.

Freud afirmaba, y así lo escribió en su artículo de «Duelo y melancolía», que no abandonamos fácilmente

te nuestras «posiciones libidinales», y que la realidad se torna tan extraña para nosotros tras la muerte de alguien querido que a veces se puede intentar retenerlo alucinando el deseo de que siga vivo a nuestro lado, como en los sueños.

Ese era el modo de elaborar los duelos de mi abuela Lidia. Yo encontré otro, y poco

después de su muerte, escribí:

«Por fin tienes lo que querías, y tu cuerpo agotado se ha vuelto hacia la tierra. La piel, el peso, la misma comisura de los ojos cerrados mandaban un mensaje de adiós voluntario,

Foto: BetSubirós

de alejamiento, de indiferencia ahora. Pero no solo ahora, hace meses que te habías despedido, y los asuntos de este mundo no te sujetaban.

Nosotros, tu familia, hicimos nuestro propio ritual de despedida, que debía de ser el mismo que tú esperabas. Bajo una delicada lluvia intermitente, la hija mayor subió la escalera hasta el nicho abierto, y depositó la urna con tus cenizas al lado del féretro de tu segundo esposo. Habíamos recorrido esa mañana la distancia que



hay hasta el lugar donde todos, en diferentes estadios de nuestra vida, habíamos compartido la misma casa en el mismo pueblo pequeño, el mismo jardín, tan parecidos recuerdos...

Yo pensaba en la última imagen que ya siempre me quedará de ti, y no sé si eso es bueno: una mujer de 93 años tan absolutamente fallecida en su lecho que ni siquiera era ella. Luego fuimos a recoger las mismas hierbas de olor que tú nos trajiste tantas veces: romero, tomillo, también los limones del árbol que plantaste una vez... Y así, al menos, recuperamos el olor conocido de nuestro pasado.

Las hijas, los nietos, volvimos a casa un poco más viejos.»

LIDIA ORTIZ VIVES
Psicoanalista. Licenciada en Filología
Hispanica por la Universidad de
Barcelona. Máster, Formación
Permanente en la institución
Apertura (Estudio, Investigación
y Transmisión del Psicoanálisis) y
miembro adherente. Conduzco el
espacio Cajón de(s)-Êtres en dicha
institución. Atiendo en Barcelona.
lilo.lov@gmail.com



MacarenaGonzálezEspinosa. Adalar

El duelo y sus implicaciones éticas: reflexiones desde Jean Allouch

MÓNICA NEGRI



Meses después de fallecer su psicoanalista, ella creyó encontrarlo en un momento y lugar inesperados: lo vio allí, sentado en la cafetería de Muntaner que solía frecuentar. Aunque parecía una hazaña imposible hallarlo en ese sitio, su presencia, su vitalidad, la envolvió por completo, provocándole una sorpresa abrumadora que desencadenó en ella una profunda alegría. Solo requirió de una sutil semejanza entre la imagen que observó en ese instante y la que guardaba de él en su memoria para que ese encuentro se volviera posible; un fugaz destello en su rostro le recordaba al hombre que alguna vez fue, una insinuación apenas perceptible de su perfil de antaño. Un latido repentino la invadió ante la aparición inesperada y súbita de la posibilidad de un reencuentro.

Los discursos actuales y en particular la psicología clínica han desarrollado la noción de un «duelo normal», prescribiendo tareas y etapas por las que debe pasar una persona en duelo, invadiendo así ese ámbito privado e individual del duelo,

despojándolo de su potencial político y acallando sus implicaciones éticas. La idea de un duelo normal cumple una función disciplinaria y normativa en tanto obliga a la persona en duelo a encajar en un proceso preestablecido de elaboración individual de la pérdida, sin importar las circunstancias particulares, de esta manera se descontextualiza y despolitiza la experiencia del duelo.

En el campo del psicoanálisis, una voz singular emergió con una claridad provocadora y una perspicacia que desafió las convenciones establecidas por el psicoanálisis actual. Jean Allouch, en su obra titulada *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* (1995),¹ trazó un camino intelectual audaz que condujo hacia una valoración radical de la noción del duelo.

1. Allouch, Jean (2011). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El cuenco de plata (Textos y ensayos), primera edición: 1997.

Allouch propuso una revisión de la metapsicología freudiana al darse cuenta de que, de hecho, ese tipo de duelo no da cuenta del duelo en sí mismo. Veamos: Freud, en su conceptualización, privilegió la prueba de

gún Allouch, despolitiza y normaliza el proceso, mientras que la cercanía con «troumatisme» permite leer mejor ese «agujero» que deja la pérdida.

A partir de ese momento, Allouch se adentra, en un terreno donde el psi-



foto Laura Frucella

realidad y el imperativo del trabajo de duelo (Trauerarbeit). Sin embargo, para Allouch, habría sido más adecuado concebir el duelo desde la cercanía con el trauma en lugar de plantearlo como un trabajo. Esto se debe a que, en la noción de trauma, en particular en el concepto lacaniano de «troumatisme» (de «trou» –agujero– y no «trauma»), resuena de manera más certera la experiencia de la pérdida y la muerte de un ser querido.

El énfasis en el trabajo de duelo, se-

coanálisis se cruza con la filosofía y la ética, en donde las sombras del duelo se revelan como un paisaje emocional complejo y conmovedor.

El autor francés, al comienzo de su argumento, afronta al legado freudiano, concretamente el escrito metapsicológico «Duelo y melancolía». Aquí, en este texto canónico del psicoanálisis, se encuentra la piedra angular de sus reflexiones y crítica.

Según el autor, erróneamente se ha tomado a «Duelo y melancolía» como

un tratado sobre el duelo, una interpretación equívoca que ha perdurado en la tradición psicoanalítica, cuando en realidad Freud parte de presupuestos no problematizados sobre el duelo para así abordar la melancolía.

Su propósito es claro desde el principio: cuestionar las estructuras rígidas que han normatizado y medicalizado² la experiencia del duelo, reduciéndola a una mera tarea de sustitución del objeto perdido. Así el autor se pregunta: «Si pierdo a un padre, a una madre, a una mujer, a un hombre, a un hijo, a un amigo, ¿voy a poder reemplazar ese objeto? ¿No se relaciona precisamente mi duelo con él en cuanto irreemplazable?» (Allouch, J. 1995:49).

Su crítica objeta también la noción de «trabajo de duelo» y cómo ha derivado hacia esa conceptualización normativa y medicalizada del duelo, reduciéndolo a un «trabajo» orientado a sustituir el objeto perdido, un concepto ajeno al propio Freud y que solo aparece una vez en «Duelo y melancolía».

Allouch señala que «[...] el duelo debe problematizarse no a partir de

2. «Medicalización» refiere a la expansión de los sistemas de salud en casi todos los campos de la sociedad moderna y a la creciente dependencia de la población respecto de los servicios proporcionados por los profesionales de la salud e industrias farmacéuticas. Ver Illich, Ián. (1975). *Némesismédica. La expropiación de la salud*. Barcelona: Barral.

la sustitución de objeto, sino por el contrario en función del carácter absolutamente único, irreemplazable de todo objeto –era cierto sobre Freud como instaurador de la vía analítica, pero también es cierto para cualquiera– cada uno, cada ser hablante es tan único y por lo tanto irreemplazable como cualquier otro objeto [...]» (Allouch, J. 1995:168). La propuesta del autor es que los síntomas y padecimientos de quien ha sufrido una pérdida constituyen justamente la expresión singular de su proceso de duelo. De esta manera, rescata la faceta elaborativa y la orientación ética propias del duelo, en tanto conlleva una reorientación íntima del deseante la pérdida.

¿Qué quiere decir esto?

Si el duelo tiene una dimensión ética es en tanto implica un proceso subjetivo de reelaboración deseante con el «objeto perdido», es decir, que no es un trabajo de sustitución de objeto, sino que conlleva una transformación en el sujeto respecto a su posicionamiento deseante.

Es decir, la pérdida obliga a una «reorientación» del deseo, a repensar y reconfigurar los propios deseos que están en la base del lazo con lo perdido. Y esta reorientación es «ética» puesto que implica ese proceso subjetivo profundo de elaboración frente a la pérdida. Y no se trata de ninguna manera

de sustituir un objeto por otro, sino de una modificación del posicionamiento del sujeto respecto al deseo y a la pérdida. Así el duelo se convierte en un acto de exploración ética y de reconfiguración íntima del deseo ante la devastación que produce una pérdida.

El duelo no es simplemente una tarea que debemos llevar a cabo de manera pautada e incluso mecánica para rellenar un vacío frente a la inexorable realidad de la muerte, sino que es la oportunidad que nos plantea la vida para reconstruimos de nuevo, plenamente, sin esa parte de nosotros que nunca más volverá. Se convierte así el duelo en una metamorfosis del alma humana, si me permiten la expresión, un sendero fértil y necesario para una aprehensión más profunda de sí. Desde un enfoque comprensivo que reconoce la singularidad de cada experiencia de pérdida surge el duelo como experiencia subjetiva, ética y elaborativa.

El duelo es indomable frente a aquellos discursos que buscan domesticarlo y normalizarlo, pues insiste en el reconocimiento de la pérdida para poder hacer algo con ella, para inscribirla en la propia piel y subjetividad. Todos aquellos intentos disciplinarios discursivos por encasillar el duelo en etapas preestablecidas no pueden dominar la experiencia en sí misma. El

duelo se resiste a ser normalizado y expresa su carácter singular e íntimo de elaboración de una ausencia. Reconocer esta indomabilidad del duelo permite entenderlo en su dimensión ética y política.

El duelo es el reconocimiento del otro como otro, es decir, como único e insustituible. Jean-Luc Nancy

MÓNICA NEGRI
Psicoanalista y Licenciada
en Psicología por la Udelar,
Uruguay, actualmente reside en
Barcelona. Especializada en Clínica
Esquizoanalítica y con un Máster
en Sexología Clínica y Salud Sexual
(UB). Psicóloga General Sanitaria.
Participa activamente en grupos de
estudio y seminarios en Barcelona,
Montevideo y Buenos Aires. Es
miembro de APOLa (Apertura para
Otro Lacan) y coordina un grupo de
co-visión. Colabora con UMBRAL
y es miembro de la Asociación
Discurso Psicoanalítico.
Además, forma parte del grupo
de trabajo «Psicoanálisis, cultura y
sociedad» del COPC.
monicanegri@copc.cat
www.monicanegri.com

El duelo, ¿qué trabajo?

VANESSA NÚÑEZ

Una paciente acude a consulta a causa de un duelo que no resuelve y le intriga. La vejez de sus padres ha desencadenado una angustia inédita, y para atenuarla cree que necesita entender mejor de qué modo conecta con aspectos traumáticos de la novela familiar. El duelo es la reacción a una pérdida, pero en su caso, sus padres todavía no han muerto. El suyo —dice— le hace vivir en un presente congelado, lo lleva en secreto, en paralelo a una vida que sí avanza. Freud habla del «trabajo» del duelo, y así lo entiende ella, un trabajo que empieza como una preparación y que es una cuestión de vida o muerte.

Parece que la propia muerte es impensable para uno. Ella ha pensado muchas veces en la suya, en ocasiones como un alivio. La de sus padres en cambio no, la ha reprimido y ahora es impensable de dos maneras: porque aunque la vejez y el paso del tiempo la hacen aparecer como algo lógico y obvio, no la logra imaginar, y también porque, sin ellos, el futuro se presenta irresoluble. La escritora Clarice Lispector dice que la palabra necesaria para completar un pensamiento pue-



de tardar media vida en llegar. Tiene la sensación de que media vida ya pasó y que es momento de encontrar las palabras que permitan completar este pensamiento.

Se entrega al trabajo de la transferencia, que es el trabajo del inconsciente, y durante los meses que prosiguen trae al análisis sueños de angustia en los que le aterra perder todo tipo de cosas valiosas, que al final no se pierden. En la vida de vigilia también tiene lapsus y momentos de pánico en que cree haber perdido cosas importantes, que luego aparecen. La pregunta que le devuelven le sirve: ¿qué es lo que no se ha perdido? Se abre entonces un espacio y otra perspectiva, aunque también encuentra ahí un límite de lo pensable. Entiende su trabajo de duelo como parte de una pieza de puzzle familiar al que necesita darle una segunda vuelta, para entender mejor lo que le toca vivir. En cual-

quier caso, se da cuenta de que una aproximación demasiadoteórica no es suficiente.

Si para el psicoanálisis la falta es estructural, la experiencia de la pérdida está de entrada. El bebé o pequeño sujeto se construye aprendiendo a gestionar las ausencias, faltas de respuesta, momentos de desamparo y soledad, sobreviviendo a la separación de la madre-cuidadora, con lo que acontece la primera distinción entre el yo y el no-yo u otro. A partir de ahí la vida es un continuo de duelos que no admite interrupción, como dice Fernando Colina en un texto sobre la melancolía. La pregunta es entonces por qué algunos resultan tan complicados y dolorosos. Freud da algunas pistas cuando

aborda la cuestión del duelo en comparación con la melancolía. En su texto de 1917 se sirve de esta experiencia comprensible y lógica, para esclarecer aspectos de un trastorno que aún hoy se nos escapa desde distintos ángulos.

Me parece que existe una lectura binaria del texto de Freud, en el que a guisa de simplificar el duelo se opone a la melancolía de varias maneras. Mientras el primero es un afecto normal, la segunda es una manifestación patológica con múltiples formas clínicas. El duelo constituye una reacción frente a la pérdida de una persona amada o de alguna abstracción importante para el sujeto, de la que pasado

un tiempo acaba recuperándose. Gracias al trabajo del duelo, el deseo se desprende del recuerdo de la persona o el ideal y el sujeto vuelve a ser libre, restituyendo su capacidad de desear. En la melancolía, el sujeto no sólo no consigue desprenderse sino que se ve confrontado a la ambivalencia de la relación de

objeto, y entra en conflicto profundo con sí mismo. El objeto perdido del melancólico es el yo.

Diría que hay también otra lectura posible, no binaria y más freudiana en el sentido de que invita a pensar



Foto Arely Hernández Ávila

el continuum entre normalidad y patología. En el duelo el sujeto puede vivir no únicamente la pérdida de un objeto, sino acabar experimentando algo de la pérdida de sí, derivando hacia un estado melancólico. Cuando la vida del otro se retira de la escena, es el propio sentido de estar vivo (*aliveness*) el que se pone en juego.

Para el psicoanalista inglés Donald Winnicott una de las principales finalidades del psicoanálisis debería ser la de ofrecer al individuo una oportunidad para que descubra qué es lo que hace que la vida valga la pena, ya que no es una pregunta que pueda ser respondida de antemano. Los pacientes psicóticos –escribe– nos obligan a prestar atención a este tipo de problemas básicos. También el psicoanálisis pensado como una alternativa secular a la búsqueda de un sentido, o incluso de una salvación frente a las adversidades.

En el caso de la paciente, la experiencia de la pérdida actualiza y le hace revivir pérdidas anteriores, no porque de repente haya una conexión entre ellas, sino por un puro efecto de adición. Surge el título de un ensayo recién publicado en Francia, *L'Inconsolable*. Como está en francés y no ha sido traducido, jugamos con la ambigüedad de si se trata de lo inconsolable como sustantivo y concepto o como adjetivo que describe a la narradora. El texto parte de la idea de que

hay en todos nosotros algo totalmente inconsolable, una pérdida originaria que nada podrá confortar. No se trata entonces de buscar hacer desaparecer la tristeza, sino de poder incorporarla «Voy mejor, no a pesar de la tristeza, sino con ella» En este trabajo (im) posible del duelo, el consuelo ya no es necesario. La escritura y la literatura no consuelan, sino que permiten transitarla desde otro lugar. Nos damos cuenta de que la transformación que produce la muerte o la pérdida no es sólo la del sentimiento, y no se trata únicamente de pasar del dolor a la tristeza, por ejemplo, sino que hay un cambio del lugar propio y el lugar donde se pone al muerto.

La historia de Antígona muestra precisamente la dificultad de encontrar el lugar donde situarse con respecto a la ley social, que atañe a algunos muertos con los que el yo se relaciona o identifica de una manera peculiar, y dónde colocar al hermano muerto. Constituye un planteamiento radical de la cuestión, como suelen hacer los personajes de Sófocles. Reviso también otros textos de la literatura que lo abordan y me doy cuenta de que existe una especie de subgénero alrededor del duelo. La escritura permite salir del lugar del receptor pasivo de la calamidad e intentar asumir la propia historia con una mirada nueva y original. El *Diario de duelo* de Roland Barthes, *Cómo vacié la casa de mis padres*

de la psicoanalista belga Lydia Flem, o Vivir con nuestros muertos de la rabino Delphine Horvilleur dan testimonio del «trabajo» a realizar. Se trata de atravesar la pérdida y conseguir ir más allá que ella. Ahí donde algo es devuelto, y no todo es pérdida.

Anotación del 17 de noviembre de 1977 de Roland Barthes en su Diario de duelo: «Duelo: región atroz donde ya no tengo miedo.»

VANESSA NÚÑEZ
es psicoanalista, y trabaja como
experta facilitadora de procesos
de co-creación y transformación
organizacional.



Foto Arely Hernández Ávila

Sombras de una ausencia

SILVINA MOSQUERA GENLOT

Y si nos volviéramos a encontrar... Tantas veces soñé despierta con un ratito más. Un cafecito en el bar de la esquina de mi ciudad natal, una mirada, un abrazo. Te echo de menos. Nuestras charlas, nuestras risas, esos momentos de complicidad de aquello que era solo nuestro. Volverte a ver. En el fondo nadie cree en su propia muerte, yo tampoco en la tuya. Me despisté y, cuando quise acordar, moviste el aire de la habitación con tu último suspiro. En aquel instante, oí la voz tierna de mi hermana: «gracias mami por todo lo que hiciste por mí». Ella, la eterna niña de todos, a pesar de su deficiencia intelectual, entendía que no la volveríamos a ver. Atinó a despedirse tomándole de la mano. En menos de un minuto la energía se despegaba de su cuerpo para confundirse con el aire que jamás volveríamos a respirar juntas. Miré hacia abajo, ya no estabas, no eras. Te quité los anillos y te dije que partieras en paz.

Hacía unas cuantas semanas nos habíamos fundido en un abrazo. Sabíamos que pronto se cerraría un capítulo de nuestras vidas. Miramos a lo lejos y, con la vista perdida en una nada que quemaba el alma, nos pro-

fesamos ese amor particular que nos teníamos.

Me despedí, nos despedimos. Intentaste engañarme diciéndome que en unos meses vendrías de visita. Y viniste, claro que viniste. Viniste invadiendo de recuerdos mi vida, apabullando mi mente desorientada que con impotencia intentaba encontrar un sentido a lo vivido. Con desconuelo, intentaba atrapar tu cuerpo como si el abrazo añorado pudiera llegar de alguna parte.

Un largo proceso de duelo se iniciaba, aquello parecía un túnel sin fin. Me faltaba un trozo de mi cuerpo, me dolía, me faltaba un trozo del tuyo y dolía aún más. No me alcanzaban las lágrimas para llorar su ausencia. Me quedé sin palabras para nombrar. Cómo explicar el dolor de la distancia.

Un hilo sutil que nos sujetó a ambas desde los primeros latidos de mi vida, se había cortado. Despendolada te buscaba como si algún horizonte te hubiera escondido. Nada. Una sombra me acompañaba en aquellos días de extraña soledad. Intentaba encontrarte haciendo aquella «tarta pascuolina» que tan bien te salía, me encan-

taba. Un sorbo de mate me traía tu voz, una dulce melodía marcaba aquellos versos que tantas veces recitabas.

Imaginaba tus manos envolviéndome de ternura mientras llegaba al mundo. Sonaban en mi mente las nanas que cobijaban mi ser como cálidas mantas de invierno. Después... la vida. El tiempo que vivimos juntas, amaneceres y atardeceres. Turbulencias de una adolescencia que pasaron como ráfaga de huracán llevándose la inocencia de la infancia.

Contemplo un atardecer mientras la brisa del mar y su olor me traen nuevamente tu rostro junto al mío. Mi mente busca ese amor que me procurabas. Recorro los momentos tantas veces repetidos de recitar los poemas que sonaban a ti.

Solo quiero tu casa de ternura,
vivir en su calor.
Eres el mar y la orilla segura
porque el único viaje es el amor.
«El viaje». María E. Walsh)

Después... aquellos ecos que me hacían creer que te mantenía viva en algún lugar, se esfumaron. Ya no te llevo en mi mochila. A veces, en las puestas de sol de primavera, camina a mi lado María Elena. Ya no sobre mis hombros, sino que codo a codo, somos dos.

«Como un ladrón
Te acechan detrás
De la puerta
Te tienen
Tan a su merced
Como hojas muertas
Que el viento arrastra allá o aquí
Que te sonríen tristes y
Nos hacen que
Lloremos cuando
Nadie nos ve.
(Aquellas pequeñas cosas»,
J. M. Serrat)

Y cuando nadie me ve, me refugio
en tu recuerdo y charlo contigo. Siempre me falta un mate, o un café.

SILVINA MOSQUERA GENLOT
Fonoaudióloga, logopeda.
Psicoanalista. Psicoterapeuta
FEAP. Docente y seminarista en
APERTURA. Sociada de la ECPNA.
Miembro del equipo editorial Red-
vista Umbral. Atención privada en
Barcelona, y en Centro Matices en
Castelldefels.



Sobre los duelos del alma viviente

ROSA NAVARRO

El duelo que nos precede del cual nada sabemos ni sabremos es marca de nacimiento.

Los humanos somos migrantes de origen. Para existir hemos de nacer a otro lugar, caer al mundo que nos hará existir como seres, haciéndonos desalojar nuestro primordial hábitat a costa de perder algo de nosotros mismos. Perdemos nuestra envoltura, nuestras membranas, nuestra piel, eso que ha formado y sido parte de uno mismo, lo que nos ha hecho ser uno, un ser, uno sin diferenciación, no hay uno y otro. Y esa parte de uno mismo que se pierde, que cae como desecho y pérdida irrecuperable, es la marca de una hendidura, de una falta de por vida, eso sí, una falta creadora del deseo, que nos impele a recuperar lo perdido, a retomar al estado de origen. Por tanto, primer duelo no sabido por no sentido, que marca en el mapa de la vida la muerte como destino. Y apostamos por la vida, sin esta apuesta no sentiríamos el duelo o los duelos sucesivos.

1

En el camino
Feliz
Con una mirada radiante
Alegre
Con guimaldas vaporosas
Libre
Con su sueño ondeante

2

En el camino
Florecente
Por miríadas de yemas
Desbordante
Por estrellas fugaces
Crepitante
Por ardorosa adolescencia

3

En el camino
Segada
Como cereal espigado
Transformada
Como crisálida envejecida
Finalizada
Como espora resurgida

En el camino

De la vida

Este poema metaforiza la apuesta por la vida. De la misma manera que los migrantes pueden hacer su apuesta vital en el nuevo lugar, para que esta apuesta

tome su fuerza y retome valor es condición principal dar al recién llegado cobijo, acogerle, nombrarle, reconocerle, hablarle...

Hay otro duelo que se presenta en el camino de la vida, es el que corresponde a la elección del género, elección que nos confronta a nuestra propia división. Una elección supone siempre una pérdida, pérdida de algo de sí mismo, un objeto amado que, debido a la renuncia implícita en toda elección, deja de existir, ya no existe. La resistencia a desligarse de lo amado, si es intensa, contribuye a una sensación de extrañamiento de la realidad de esa pérdida. En el duelo abandonar el objeto es duro y necesario.

1
He llorado tanto por el niño
Que fui...
Ser hendido por la congoja, el niño
Que fui...

2
Tantas lágrimas para verter
Átomos de un alma enajenada
Por el amor del niño
Que fui...

3
Tanta pena clamada sin voz
Verbo pasivamente sufrido
Del deportado niño
Que fui...

4
Tantas palabras no nacidas
Sin patria para alojarlas
Del desaparecido niño
Que fui...

5
Tanta ausencia turbadora
Sin posible resignación redentora
Cómo aceptar el vacío
Del ausente niño
Que fui...

6
El silencio de su adiós
Es irresistible llamada
Convocándome a su búsqueda
A mí, mujer que no olvida el niño
Que fui...

Las mujeres sabemos, sobre ese fondo estructurado de la bisexualidad, del niño que fuimos una vez, y algunas cuantas lo expresan y lo hablan al relatar y recordar la historia de su infancia, al decir «lo chicanos que hemos sido». Pero en ese proceso de sexuación cada sujeto hablante se posiciona del lado femenino o del lado masculino. Este poema se refiere pues a esa pérdida de un objeto amado, el niño que una vez las mujeres fueron, el duelo por lo que fue y ya no es. Vivimos las cosas solamente una vez; esto es la base de la nostalgia, nostalgia no de poseer algo sino de haber sido algo, el niño que no fui. Este niño es un fantasma del pasado y tiene un carácter onírico, es un sueño soñado.

Es uno más de todos esos duelos que encontraremos en nuestra experiencia de la vida y del amor, fracasos y rupturas amorosas, abortos de hijos deseados. En todo duelo lo que ya no existe es la relación a eso que había existido. Tengamos en cuenta que como Freud explicitó el duelo es un afecto normal, penoso y normal, añadiendo que es perjudicial perturbar el tiempo del duelo.

En el psicoanálisis la presencia del duelo es necesaria, el analista está afectado por un duelo inevitable, los duelos de su propio psicoanálisis como analizante y el de su fin de análisis, duelo necesario que repetirá en todos los «fin de análisis» de sus analizantes, con esa destinación de estar como objeto destinado a caer, es el trabajo del duelo necesario para conducir la cura analítica hasta su fin, sostenida gracias al deseo de analista.

En este trabajo del duelo en análisis es imprescindible la caída de los ideales y la aceptación de los imposibles.

Así definía Freud el duelo, «es la reacción frente a la pérdida de una persona amada, o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.»

Escribir estos pequeños poemas es mi manera particular de hacer el «trabajo del duelo», aunque los haya escrito bastante tiempo después, cuando la vida me trajo alguna brizna de lo perdido, recordando y renovando así

de nuevo mi amor por ello. Para todos ustedes

Cuando tú te hayas ido
Una vez el duelo cumplido
Otros vientos y otras aguas
De tu vitalidad nacidos
Vendrán y pondrán de nuevo
El sol en sus días
La luna en sus noches

Noviembre 2023

ROSA NAVARRO FERNÁNDEZ
Médico Psicoanalista.

Ejerce como tal en Reus (Tarragona, España)

Profesional colaborador de Umbral, red de asistencia psi, y coordinadora del Equipo de Umbral-Tarraco, sede en Tarragona.

Miembro Asociado de la Fondation Européenne pour la Psychanalyse

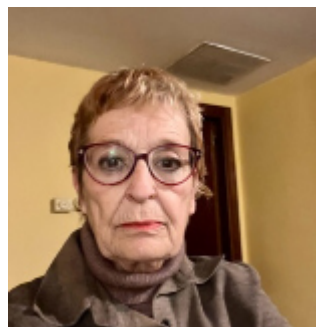
Miembro del Consejo editorial de la revista Trauma. Estudios de Clínica

Psicoanalítica.

Artículos publicados en: La clinique lacanienne, Lapsus de Toledo, Trauma

Estudios de clínica psicoanalítica, Psicoanálisis al margen (wordpress.com), Psicoanálisis y el séptimo arte

(ed. Casa Alef)



De duelos

ALBERT GARCÍA HERNÁNDEZ

De «Magatzem de perfils», ed. Denes, València, 2009:

Es una casa como cualquier otra:
fortaleza del débil, audacia postergada.
En la jaula, un pájaro se distrae
con un vencejo que siega a vuelos
un pedazo de sol empañado por el lucernario.
es una casa donde la luz, si la hay, pesa.
una herencia endémica y cerrada antes de hora.
Desde la muerte de la abuela el padre cerró la boca.
La madre dispensa palabras
que evitan cualquier balcón del habla.
Aquí, en una penumbra invisible y pegajosa,
caduca una hija sin encontrar la puerta.

De: «Palabras como remedios»(inédito):

Dueloanticipado

1

Una ventana azul hace frío
que tiembla a diez metros.
No arriesga su luz rebasar el trecho
por miedo a los accidentes de tráfico.
Así el amor, demorado por temor,
se suicida por causas de espacio
y de tiempo.

11

Anuncio de muerte
Como un dolor no
-porque dicen que el dolor es subjetivo.
Pero casi como un dolor
que a todos hubiera alcanzado
en el preciso lugar en que el dolor
[parece común,
pasó una canica de mercurio
rozandola piel con su órbita de hielo
sin dañar la apariencia de nada,

ni siquiera la contracción muscular
de quien más imagina lengua extranjera
y menos la puede soportar.
Casi como un dolor,
lo que vino hizo realmente daño
a cada sujeto.

III

Entierro
Palomas como amigos acunan la alameda.
Rostros sin huellas de proyecto.
La lengua retenida en el puño del esternón:
el silencio por algo nuevo.
Miradas sin atenuar tropiezan y fragmentan
equivocos, traiciones, encrucijadas, sueños...
 –amigos como sueños,
 sos fueron los amigos que son.
La angustia rueda con sabores puros

y sobran manos en el apretón marchito.

Agujas de ciprés delimitan la niebla

[del abrigo

en el mes de Todos los Santos.

Palomas como santos

remueven la olla del murmullo,

y el granito, y el mármol,

y todo el jardín lleno de huellas

y de piedras como pétalos.

Palomas como flores anhelando su búcaro

precipitan los plazos del letargo.

Ya los ojos llevan su adorno:

collares de años, cristal salado,

sabertardío.

IV

Separación

Ahora se pone el cielo

de una manera que no entiendo.

No hay sol sino vencido por el verano,

y la ciudad exuda sus peores momentos.

Una envoltura de color hueso

acaricia la zozobra

y deja todo sin accidentes orográficos.

La desidia parasita las sábanas y los deseos.

Ya todo desarmado.

Hasta la gota del lavabo

se empaña con ese rocío

y ya no desangra la música

de su impertinente ritmo.

Motores aburridos, borrachos

[despistados.

El hálito urbano en los pulmones

[del pensamiento.

La ausencia se propaga

como el silencio de los pájaros.

V

Epitafio

En esta lámina de mármol cuyo

silencio

es interrumpido por el bostezode los

hongos,

ha de yacer el héroe

que sostuvo la voz y el acto

antes de ser cubierto

por la hojarasca de la adoración.

Aquí, los crisantemos seguirán preser-
vando

quien vivió como favorito

de la sempiterna traición.

ALBERT GARCÍA HERNÁNDEZ

(València, 1949),

psicoanalista, ex-miembro fundador

del Col·legi de Clínica Psicoanalítica

de València (1999). Poeta, letrista

desde el año 1962 para diversos

cantantes y grupos. En 1992 adaptó

al catalán 24 temas de poetas

griegos musicados por Theodorakis

e interpretados por Maria del Mar

Bonet. Miembro del consejo de

redacción de Acheronta (1998-2016).

Colaborador quincenal en El País

(1997-2016). Más de una docena

de publicaciones, mayoritariamente

poemarios.



Foto Juan Miguel Morales

Diario roto (fragmento)

M. LAURA FRUCELLA

1 - Hojas sueltas en un cajón

20 de enero
Me voy. Me estoyyendo. Ha sido larga la despedida que todavía no se acaba, si me asomo aún puedo ver la cara de Corina, de Susana. Este aeropuerto tan chiquito es un edificio macabro, los que se quedan me pueden ver casi hasta el último segundo, cuando ponga un pie en el avión. Corina todavía está, parada como un centinela, y no se va a ir hasta que el avión se pierda en el cielo. Queridísima hermana.

En cambio Bárbara la hizo fácil, no me gustan las despedidas, chiquita, así que te saludo acá, en casa, es decir: despedidaa domicilio. Eso es una mujer actual. Resuelta. Eficaz para todo tipo de trámites. No me gustan las despedidas y con eso, ya está. Se ha evitado este minuto lacerante donde estoy, todavía estoy, pero herida de un futuro inminente en el que ya no estoy y quién sabe por cuánto tiempo. No me gustan las despedidas, como si a alguien les gustara, como si todos los mortales no nos hubiéramos forjado en la fragua de la despedida. Como si no nos hubiéramos separado ya, sin saberlo, de personas con las que nunca más estaremos, el taxista que me trajo hasta aquí, la mujer que me atendió en el mostrador de la aerolínea, el

mozo del bar donde estuvimos recién tomando un café. Como si no nos despidiéramos a cada instante de algo, un perro acariciado, un minuto bello, una mezcla de olores fortuita y única. Y también – sigo pensando en Bárbara– como si el momento de separarse invalidara todos aquellos momentos en los que estuvimos juntos. Cómo viviríamos si la vida no fuera un constante separarse de objetos, encontrarse y separarse, siempre, a perpetuidad, cómo haríamos para andar colmados de libros, tazas, músicas, cartas, bebés, vecinos, zapatos en larga cola, cada cosa teniendo a su vez sus propias cosas pegadas de las que no se quiere desprender, un enmarañado ramaje imposible, rastrero, patético. Pero yo sé, Bárbara, que entre cigarrillo y cigarrillo compulsivamente fumado te vuelve el insecto de las despedidas que te ahorraste, no sólo ésta, la mía, sino todas las muchas que evitas día a día y te cobran intereses, imperceptibles impuestos al vivir.

La cola del embarque avanza rápido. Es mi turno. Un último giro de cabeza para saludar a Corina, último pero esta vez último último, de verdad, por favor, se lo estoy pidiendo a ella y me lo pido a mí. En la escalera del avión no me voy a dar vuelta, la cabeza descoyuntada, contradiciendo al cuerpo que va hacia delante, la mirada perdida en el aire, alucinada, hacien-

do como que busca lo que sabe que no va a encontrar porque son todos puntos idénticos, y no voy a saludar en falso, al vacío, teatralmente; no. Así es mejor. Ella será la última, como le gusta cuando hablamos por teléfono, chau, colgá vos, no vos, no vos, y al final siempre yo cuelgo primero, ella dice el último chau, ella aguanta mi desaparición como diciéndome yo no desaparezco, yo estoy, siempre.

Entro al avión y me zambullo en el asiento. Hay una iluminación tan particular, una especie de siesta clara que me sobrecoge, me alivia la opresión en la garganta y disipa las lágrimas contenidas. Una musiquita apenas audible que redundo siempre en la misma frase, tres notas ascendentes y después esa misma repetida dos veces; como con voz de hablar bajo una mujer canta breathe, just breathe, que es lo único que alcanzo a entender. Breathe, una siesta clara, breathe y despega el avión, como pasar del estado sólido al gaseoso, de la tierra dura al aire mullido, al aire just breathe, fresco y esponjoso. Siento que he ingresado a otro orden de sensaciones, conjurado algo del dolor. Ahora que estoy en vuelo me preocupa perder este estado de gracia artificial del que sin embargo me he adueñado. Un sueño dulce empieza a bajarme desde la frente, pasa por los ojos, por la nariz, me afloja la mandíbula, sigue bajando, parece que el alma se queda en tierra mientras el cuerpo sube más rápido de lo que se

puede asimilar, y eso provoca un sueño súbito, como una muerte falsa. Ya estoy oyendo un trajinar de azafatas que se mezcla a una parra, un hombre que canta con guitarra al sol, creo que es Córdoba, y hay olor a comida sintética de bandejitas, y un pájaro que vuela entre montañas, alto, lejos.

Fragmento de Diario roto(novela)

MARÍA LAURA FRUCELLA es psicoanalista y escritora. Doctora en Humanidades por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, Psicóloga(U.N.R.) y Especialista en Psicología en Educación (U.N.R.). Miembro del Fòrum Psicoanalític Barcelona. Integrante de la Comisión directiva del Centro de Investigación P&S (Psicoanálisis & Sociedad). Autora de El corazón de la letra, S&P ed. Miembro del Equipo de Coordinación de Umbral. Ha sido docente e investigadora en la Facultad de Psicología de la U.N.R. desde 1992 hasta 2002. Miembro del Equipo editorial de la Red-vista de Umbral lfrucella@hotmail.com





GabyOggero. Mujer sentada
Aveiro Portugal, septiembre 2022

Cuando la pena se vive como miedo

MATILDE MAYOR

«**N**osotros dos sabíamos que deseábamos algo que estaba por encima del uno y del otro, algo especial y bien diferente, una clase de deseobien diferente [...]»

Esta cita corresponde al libro *Una pena en observación* de un escritor inglés nacido en Irlanda (Belfast) llamado C.S. Lewis, donde narra el duelo por la muerte de su mujer Helen Joy.

En él queda reflejado el dolor que Lewis siente por dicha pérdida. Reflexiona sobre su desdicha y expresa el vacío, la soledad, la impotencia, el amor...etc.

Lewis escribe: «El duelo forma parte integral y universal de la experiencia del amor [...]»

En el cine podemos destacar *Tiembras de penumbra* interpretada por Anthony Hopkins, que trata la relación de C.S. Lewis con su esposa Helen Joy, desde que se conocen hasta la muerte de ella. Como saben que va a morir en poco tiempo, lo que subyace, es que habrá una pérdida y que habrá dolor, pues el amor no es sin dolor.

Una vez que ella ha muerto, la película termina con la voz en off de él diciendo:

¿Por qué el amor cuando lo pierdes duele tanto? Yo no tengo respuesta. Sólo tengo la vida que he vivido. Dos veces en la vida he podido elegir, como niño y como hombre. El niño eligió



la seguridad, el hombre elige el sufrimiento. El dolor de ahora es parte de la felicidad de entonces: ese es el trato.

Helen Joy era poeta y sentía, desde hacía tiempo, una profunda admiración por Lewis, al que solo conocía a través de sus obras. Del encuentro personal surgió el amor, pero la dicha duró poco, pues ella enfermó de cáncer y murió cuatro años más tarde, dejando a Lewis sumido en un profundo dolor.

Etimológicamente su nombre Joy, tiene su origen en el idioma inglés y su significado es alegría. Con el tiempo, este término evolucionó al francés antiguo como joie. Es un nombre que evoca positividad y entusiasmo, transmitiendo una energía alegre a quien lo lleva.

Cuando se conocieron Lewis vivía con su hermano y no había amado a ninguna mujer hasta que apareció Helen Joy.

Empezó a escribir este libro cuando aún no hacía un mes de su muerte. Él murió tres años más tarde de una insuficiencia renal.

Con la muerte de ella, con quien Lewis había sido tan feliz y a quien había amado tanto, pareciera que se le fue la alegría de vivir.

Lewis siente que una parte de él se ha ido con ella, «como alguien a quien han amputado una pierna», dice. «En una operación como esta, una de dos: o el muñón herido cicatriza o el paciente muere.»

Teniendo en cuenta esto, podemos decir, que si hay cicatrización, es un duelo sano, por doloroso que sea, mientras que, si el sujeto muere en vida, sería un duelo patológico.

Por otra parte, los duelos no resueltos pueden reeditarse en los siguientes. Cuando es así, a una pérdida, por menor que parezca, le sigue un duelo excesivo o patológico. Esto lo podemos ver en Lewis...

¿Cómo repercutieron en Lewis sus duelos anteriores? Sabemos que un coche atropelló a su perro Jacksie cuando Lewis tenía cuatro años. Tras su muerte, anunció que le tenían que llamar Jacksie. Si le llamaban por su nombre, no respondía, hasta que aceptó que lo llamaran Jack. Desde entonces, toda su vida fue Jack para la familia y amigos. Y firmaba sus libros como C. S. Lewis, ocultando sus dos nombres: Clive Staples. Así se siguen publicando.

También sabemos que cuando Lewis tenía nueve años, su madre, Flora, murió de cáncer. Casi cincuenta años más tarde, en su autobiografía

«Cautivado por la alegría» (1955), dirá sobre esta pérdida: «Toda la felicidad estable, todo lo que inducía a la paz y a la confianza, desapareció de mi vida».

El duelo es un proceso psicológico al que nos enfrentamos tras las pérdidas; algo que todos, tarde o temprano, vivimos a lo largo de la vida. Es lo que representa una pérdida para cada sujeto, vivida de manera particular y singular por cada uno.

Desde el punto de vista psicoanalítico, hay que evitar dar pautas e intentar entender el duelo particular de cada sujeto, teniendo en cuenta su subjetividad, considerando a los sujetos uno por uno.

Si pensamos en Freud, es importante poder diferenciar el duelo de la melancolía y para ello citaré un texto suyo titulado *Duelo y melancolía*, escrito en 1915 y publicado en 1917.

Podemos decir, que tanto el duelo como la melancolía, ambos empiezan por una pérdida. La pérdida, puede ser por un ser querido, un ser amado o de objetos más abstractos como la patria, la libertad, un ideal etc. Freud los llama objetos perdidos, tanto sean personas, como cosas, expectativas...

Denominamos pérdidas, las etapas del crecimiento (niñez, adolescencia, vida adulta). Pérdida del país y tradiciones culturales (emigrantes). Pérdida de bienes materiales, del trabajo, de la vivienda, de estatus, de roles sociales. Pérdida de la salud de uno mismo

o de un ser querido. Pérdidas de proyectos e ilusiones... etc.

Ante estas mismas pérdidas, en lugar del duelo sano, que es un proceso que se termina al cabo de un tiempo, puede darse una reacción patológica: la melancolía.

Por lo tanto ambos tienen características similares como son la tristeza, la inhibición, la apatía, desinterés por el mundo exterior y la pérdida de la capacidad de amar.

Ahora bien, también hay diferencias: En el duelo la pérdida sabemos que se produce por un ser querido. La apatía, desinterés e inhibición que se siente en el duelo es temporal y esperable, terminará en un periodo de tiempo y en un determinado momento la persona se repondrá de ese duelo. Lo perdido es una persona que ya no está, por lo tanto la pérdida es consciente; por lo cual entendemos que dicho desánimo y desinterés es esperable y lo previsible es que a su debido tiempo la persona logre superarlo.

Por su parte, la melancolía se distingue por las mismas características que el duelo, pero la pérdida es inconsciente. Esto quiere decir que el sujeto sabe qué o a quién ha perdido, pero no lo que perdió con ello y además se le suma una nueva característica del yo. Hay una extraordinaria rebaja en su sentimiento yoico y un empobrecimiento del yo. Una parte del yo se contrapone a la otra, la aprecia crítica-

mente, la toma por objeto. Todo ello sin una aparente explicación.

Para terminar diré que en un duelo no patológico, el sujeto llora al muerto, no se pierde a sí mismo y simboliza el proceso con palabras que le dan un sostén. En cambio, en la melancolía, el sujeto muere con el muerto, hace que una pérdida parcial se convierta en una pérdida total y no puede simbolizar la pérdida.

Lewis, al final de su libro, donde habla de sus miedos, señala entre otros, poder dejar de reproducir en su imaginación la cara de Joy y estar casi siempre pensando en ella. Poder dejar que el amor que siente por ella quede sustituido por su recuerdo.

Estos miedos se van diluyendo, gracias a su trabajo y a las conversaciones que va teniendo. El ir poniendo la libido en otros objetos y que el deseo circule, le va a permitir seguir viviendo.

MATILDE MAYOR

Psicoanalista y Psicóloga.

Colaboradora de Umbral Red de

Asistencia «psi».

Miembro de FEP, Fondation

Européenne pour la Psychanalyse.

Formó parte del Equipo de Difusión de Umbral. Fue miembro de Cartel

Clínico Barcelona durante más de diez años y participante de las Jornadas de Clínica Psicoanalítica.

Ejerce su práctica clínica en Barcelona ciudad.



MacarenaGonzálezEspinosa. Córdoba

Pérdida psíquica y duelo

MIQUEL À. RIERA

De entre todas las cosas que en el siglo pasado se transformaron, la práctica pública del luto merece un lugar destacado. Las plañideras, las sábanas negras en los balcones y los velatorios en casa han desaparecido de nuestra vida social y, en su lugar, se ha hospitalizado la muerte, infantilizado al moribundo y, tema especial para el psicoanálisis, individualizado el duelo de los supervivientes. No hace mucho, hubiese sido impensable que uno tuviese que elaborar su propio duelo, cuyos tiempos no podrían ser demasiado cortos, pero tampoco demasiado largos, y que esta elaboración fuera un trabajo psíquico cuyo éxito nos haría libres del dolor y la carga de la pérdida. Y, sin embargo, esta es nuestra inevitable relación actual con los duelos y una razón habitual de consulta terapéutica.

Existe una responsabilidad del psicoanálisis en estas mutaciones de la subjetividad. Sigmund Freud fue uno de los primeros en hablar del «trabajo del duelo» y pensar algo parecido a un «duelo patológico» o no elaborado. La pregunta acerca de cómo es posible que, tras una pérdida, los individuos no consigan sustituirla y girar su pensamiento y vida emocional hacia otros intereses, estuvo en la base del pensamiento psicoanalítico sobre qué era la identidad, los objetos internos



o el sentimiento de culpa. Otros célebres psicoanalistas, como Melanie Klein, consideraron que «la confianza en la capacidad de reparación» era un elemento imprescindible tanto para la elaboración de un duelo, como para el inicio y la demanda de un tratamiento psicoanalítico. Así, en ese punto álgido de las relaciones entre el psicoanálisis kleiniano y los procesos del duelo, se llegó incluso a considerar que una terapia psicoanalítica era la elaboración de una pérdida entre dos.

No obstante, de entre todos los aportes que ha hecho el psicoanálisis a la inteligencia del duelo, en este breve texto me gustaría destacar los procesos de duelo derivados, no de pérdidas reales, sino de pérdidas psíquicas. En éstas, no estamos frente a la muerte de un ser querido, sino tan sólo a la pérdida de su amor, deseo vitalidad. La dificultad que afrontan muchos individuos frente a estas pérdidas hace que mucha de la sintomatología habitual del duelo vire allí hacia un registro

más sutil, vinculado al vacío existencial, a la detención del trabajo psíquico y con una cierta incapacidad de los individuos para hacer uso de todas las riquezas subjetivas que patentemente tienen pero con las cuales se relacionan como si estuvieran hipotecadas.

Dentro de este espectro de pérdidas, el psicoanalista franco-egipcio André Green acuñó el concepto de «madre muerta». En este fenómeno clínico, la madre en cuestión estaría viva pero, en cierto nivel inconsciente, toda la significación que ésta podría tener para el individuo estaría agujereada y vacía. A diferencia de los duelos efectivos, las razones por las que se acude a un terapeuta ignoran profundamente esta situación subjetiva y a menudo se es incapaz de reconocer ese espacio negativo como siendo significativo. De entrada, porque el hecho de que la madre deje de ser un elemento significativo y transformador de la vida de un individuo es algo consustancial al crecimiento y al paso a la vida adulta. Pero también porque, en la medida en que la sintomatología es correlativa de los procesos de separación del núcleo familiar y de la autonomización de los individuos, aparece como siendo egosintótica y, por lo tanto, difícil de ubicar y reconocer en situaciones no transferenciales o en donde la división subjetiva no aparece.

Una breve viñeta clínica nos permitirá quizás entender mejor este efí-

nómeno del duelo y planteamos cuáles podrían ser las orientaciones clínicas del psicoanalista. Además, esta viñeta nos permitirá ver otro elemento que Green enfatiza: la «madre muerta» es una madre en duelo.

Cuando H. habla de su madre lo hace con una mezcla de tristeza y desprecio. Considera que está enganchada al facebook, pinta cuadros medianos que luego comparte en las redes «sin ningún tipo de pudor» y, además, es dependiente, mezquina e infantil.

Un día, H. me cuenta que escuchó una canción que le emocionó sobremanera. Me expresa sus deseos de ser como su compositor y tener «procesos artísticos» parecidos a los que le atribuye a ese músico. Después de vagabundear durante minutos sobre cómo le gustaría ser y otros temas de índole narcisista, le pregunto cuál era el contenido de la canción: «el duelo por la muerte de la madre del cantante» y añade que «él no puede hacer un proceso tal, puesto que su madre está viva». Intentando penetrar un poco en ese proceso «imposible» porque «su madre está viva», le interpreto: «Por el modo en como habitualmente hablas de ella, no parece tampoco que esté muy viva». H. asiente, pensativo. Parece que algo ha hecho brecha en la diferencia entre la pérdida efectiva y la pérdida psíquica.

Durante las siguientes sesiones hablamos de su madre más de lo habi-

tual. Entre otras anécdotas que revelan ligeros cambios, me cuenta una especialmente significativa para el tema que nos ocupa. Discuten con su madre por temas políticos. Nadie cede y él la acusa de sacar esas opiniones de facebook y «ser demasiado influenciable». Una vez terminada la discusión y en una conversación aparte, su padre le dice a H. que las opiniones de su madre son las mismas que tenía su tía, la hermana de su madre. Esa tía murió hace muchos años y, a pesar de que habíamos hablado a menudo en análisis de esa muerte y cómo le afectó a él, esta vez H. me cuenta hasta qué punto su madre cayó en un profundo duelo que califica de «inconsolable». Por primera vez, ese duelo por la tía, que H. tanto se había apropiado, aparece bajo una nueva luz: el duelo de la madre y la imposibilidad de ser consolada, tampoco por él. Me viene a la mente que, de hecho, H. afrontó dos pérdidas a la vez, la efectiva de la tía y la psíquica de la vivacidad de una madre devenida inconsolable. De la primera habíamos hablado largo y tendido, la segunda fue una casilla en blanco hasta ese momento. En esta breve coyuntura, aprovecho para preguntarle si en otras ocasiones su madre también ha hecho suyas las palabras y opiniones de su hermana. No sabe responderme, pero le sorprende la idea de que su tía podría haber pervivido de algún

modo gracias y «a costa» de la vida de su madre.

En los siguientes días, le insisto un poco en profundizar más en los sentimientos y la psicología de su madre pero H. acaba considerando que no le sirve de nada intentar «psicoanalizar» a su madre o a las demás personas, puesto que este es su análisis y, se entiende, debería ser él el psicoanalizado. Capto el mensaje: «En esta vuelta, hasta aquí».

Uno de los trabajos del psicoanalista para afrontar estos «complejos de la madre muerta» y, en general, los vacíos existenciales derivados de la falta de trabajo en las pérdidas psíquicas—consiste en revivificar parcialmente esa madre y con ella ciertas identificaciones y objetos internos olvidados y mortificados. Considero que allí hay un cierto margen para ganar «espacio subjetivo» y hacer la vida más vivible y, sobre todo, menos costosa. Para ello, en el análisis es preciso reconstruir esas pérdidas sobre la base de indicios mínimos. A menudo, no basta sólo con encontrar esos indicios e indicárselos al analizante, pues la información que nos es aportada carece de valor a ojos del analizante frente a otras temáticas que son vividas de modo mucho más apremiante y aparentemente con más significado psicológico. Es por ello que aprecio especialmente la idea del psicoanalista americano Thomas H.

Ogden cuando considera que uno de los modos del diálogo psicoanalítico es el de «pensar-soñar conjuntamente» aquellas partes de la vida emocional que el analizante ha sido incapaz de pensar-soñar de modo individual. Quizás uno de los retos de la individualización del duelo y de la descon sideración de las pérdidas psíquicas es recuperar ese tipo específico de trabajo psíquico que es el soñar y que, como nos recuerda Ogden, no solo se produce en el dormir. Volviendo a la viñeta clínica, vemos que esta tiene también una cierta estructura onírica, que incluso nos recuerda al famoso sueño del «no sabía que estaba muerto» comentado extensamente por el psicoanalista francés Jacques Lacan. En la intervención, la introducción de un evidente contrafáctico –la muerte no acaecida de una madre– permitió cierto trabajo psíquico y analítico y,

especialmente, habilitó al analizante a pensar-soñar partes de su vida emocional sin sentirse comprometido con ese proceso de duelo que desconocía y calificaba de imposible. No podemos concluir sobre un trabajo que se extiende mucho más de lo que podemos mostraraquí, pero sí admitir una línea directriz de nuestra reflexión: a menudo el trabajo del duelo no es un trabajo de separación, aunque sí lo fuera para Freud y sí lo sea para nuestra sociedad.

MIQUEL À. RIERA

Psicoanalista y subdirector de la librería La Central. Miembro del Fòrum Psicoanalític de Barcelona y socio de Apertura para Otro Lacan. Coordina desde 2019 un seminario sobre estudios de género, ciencias sociales y psicoanálisis contemporáneo.
riera.tr@gmail.com
<https://heylink.me/miquel.riera/>

El duelo

TERESA MORANDI

La palabra duelo es un término utilizado corrientemente en nuestra cultura para referimos, tanto al estado de tristeza que aqueja a quien ha perdido un ser querido, como a las ceremonias y rituales –religiosos o no– que, según las épocas, deben seguir los deudos.

Incluye también las diferentes separaciones–pérdidas o duelos sucesivos que se producen a lo largo de la vida, desde el nacimiento hasta los pasajes vitales: infancia, pubertad, adolescencia, juventud, madurez, vejez.

Pero sin duda, el paradigma de cualquier pérdida es la muerte, en tanto confronta con un real imposible que implicará, para cada quien, hacer un proceso de duelo, un arduo trabajo de elaboración psíquica, subjetiva.

En la clínica psicoanalítica, en el campo de la Salud Mental, es frecuente motivo de consulta: personas aquejadas de dolor psíquico que, en la vida moderna suele confundirse con el diagnóstico psiquiátrico de depresión, negando la propia historia al reducir la complejidad de la subjetividad exclusivamente a un supuesto hecho biológico y, por tanto, farmacológico.

No es lo mismo estar en duelo que en depresión, a la vez que es perjudicial anestesiarlo suprimir el dolor ante



una pérdida, sin poder dar lugar a la palabra, a la narrativa de quien sufre.

Una obra de referencia fundamental en el tema es «Duelo y Melancolía».¹ Freud diferencia dos formas en que los humanos solemos responder a una pérdida: quien está en duelo sabe qué ha perdido, cuestión no tan clara en la melancolía –una pérdida produce alteración profunda de la propia imagen–; el hacer duelo implica diferencia con la melancolía y con el no caer en ella.

Hay en el texto una clara y actual definición de Duelo, «respuesta o reacción de un sujeto frente a la pérdida de una persona amada, o de una abstracción como la patria, la libertad, un ideal». Se produce cuando alguien (ser vivo), algo (patria, libertad, ideal) que existió –y tiene gran valor afectivo para un sujeto– deja de existir, ya no está,

1. Freud S., Duelo y Melancolía, 1917. Amorrortu. Ed T.XIV.

ha desaparecido para siempre.

Un sujeto en duelo sufre un colapso traumático. Al quedar expuesto a lo real, su trama significativa se rompe sin inmediatas respuestas desde lo imaginario-simbólico, por ello se queda no sólo sin palabras, sino vacío. Y con vivencias diferentes: incredulidad, dolor, confusión, rabia, sensación de injusticia, de desamparo, ambivalencia, e incluso temores relacionados con el propio cuerpo o síntomas somáticos, etc.

La persona en tal situación intenta, por una parte, afrontar lo doloroso, y por otra –paradójicamente– negar, disociar lo padecido, para hacer más tolerable el continuar viviendo.

Pese a las alteraciones que provoca, en el sentir y en el comportamiento habitual del sujeto, un duelo no determina un cuadro patológico. Bien al contrario, se lo considera un estado afectivo lógico, en tanto es respuesta a una pérdida-definitiva o no– y al que hacer frente a ese vacío.

Queda claro en el doble significado etimológico de la palabra: «Dolus»: «dolor, lástima, aflicción o sentimiento» y «Duellum»: «combate, desafío, fatiga, trabajo». Es decir, el dolor es la reacción a la pérdida, y el duelo la manera cómo se procesa ese dolor, la larga y dolorosa labor de separarse –ánimica e íntimamente– de lo que se ha perdido en lo real.

El duelo no es un olvido, ni «el tiempo todo lo cura». Es un trabajo íntimo, paso a paso, de historias significantes, de relatos que llevan su tiempo²: un tiempo de ver... qué se ha perdido; un tiempo de comprender... qué de sí mismo se ha perdido en ello y un tiempo de concluir... de continuar sin lo perdido, de encontrar nuevas sustituciones –parcialmente satisfactorias–, acotando el dolor y haciendo soportable y grata la vida. Cuestión muy importante para la subjetividad.

Dicho trabajo se hace a nivel psíquico –consciente e inconsciente–, y también público, vehiculado por los rituales que cada cultura se ha dado para inscribir la pérdida en la comunidad. No se trata de «superar», sino de hacerlas parte de nuestras vidas, a veces con cierto éxito, otras no tanto, sin duda con dolor.

En palabras del poeta: «El duelo no es ni siquiera cuestión de recuerdo: no corresponde al momento en que uno recuerda a un muerto, un recuerdo que puede ser doloroso o consolador, sino a aquel en que se patentiza su ausencia definitiva. Es hacer nuestra la existencia de un vacío».³

2. Lacan, Jacques, «El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada». Escritos 1. Siglo XXI Ed., 1966.

3. Piera, Carlos, Epígrafe del libro Los girasoles ciegos de Alberto Méndez. Ed Anagrama, 2004.



MacarenaGonzálezEspinosa. Granada

Los duelos nuestros de cada día

«Hacer nuestra la existencia de un vacío», no es sólo una cuestión poética, significa dar lugar, valor, a aquello que perdemos, desde seres queridos a los duelos nuestros de cada día, en tanto inevitablemente, la vida duele por la fragilidad del cuerpo, por las relaciones con los otros y consigo mismo.

Vivir implica enfrentarse con las «marcas de ser mortal», con situaciones que aproximan a vivencias de deterioro, desamparo y finitud, tanto en lo somático, como en lo amoroso, lo erótico y en acontecimientos que

llevan al psiquismo a enfrentarse con ausencias, con pérdidas.

Expuestos al peligro y al dolor del mundo, –dolor difícil de asimilar porque nos hace sentir débiles, indefensos, impotentes –se activa la negación, «no se quiere saber nada de eso», con intolerancia a la espera, a la frustración, al dolor. El vacío se asocia a negativo.

Contribuye a ello la precariedad de futuro, junto a la oferta –del mercado neoliberal– de múltiples objetos, prometedores de una felicidad ilusoria que, supuestamente, colmarían caren-

cias: medicaciones, «terapias» de todo tipo para «curar» esa «enfermedad de vida»; drogas legales y no; exceso de conexión a redes, etc.

Se moldea así una subjetividad individualista, de autorrealización, pero sin tolerancia al fracaso, tomando al sujeto más frágil, carente de recursos simbólicos para componer su vida, los lazos sociales y la transmisión a las generaciones venideras. Y ello no es sin efectos: autolesiones, pasajes al acto suicida u homicida, anorexias, adicciones, duelos impedidos, angustia silenciada...

La muerte misma aparece como tema tabú⁴, «la inequívoca tendencia a hacer a un lado la muerte, a eliminarla de la vida»⁵. Pese a ser muy visible en los medios debido a las guerras presentes y pasadas –en este país, sin ir más lejos, con efectos de duelos «congelados» que llegan hasta nuestros días⁶–; a los desaparecidos/aspor migraciones; al asesinato de mujeres y niños...

Abogamos entonces, por dar lugar a

los duelos, acoger el vacío que no implica perderse en abismos, sino cuestionar certezas imaginarias, inventar, amar. Posibilitar que cada sujeto logre encontrar su singular modo de satisfacción, crear según su deseo, abrir espacios nuevos en la vida, a través de la palabra para que la pérdida, la ausencia, el vacío –creadores inevitables de malestar, insatisfacción, sufrimiento– no sean acallados y puedan, paradójicamente, ser origen de una creación, transformación sublimatoria propia y compartida con otros.

TERESA MORANDI

Psicoanalista. Psicóloga Clínica
Co-directora del estudio Trauma y
Transmisión en las Generaciones
(FCCSM)
Supervisora Equipos de Salud y
Salud Mental
Colaboradora de Red Umbral y de
Fundación Galatea

4. Tema frecuente en espacios de Reflexión con Profesionales de Equipos PADES (Programa atención domiciliaria. Equipo de soporte) quienes hacen un trabajo interdisciplinario, de cuidados paliativos y atención a duelos.

5. Freud, Sigmund, «De guerra y de muerte. Temas de actualidad» (1915), Amorrotu Ed. T. XIV.

6. Gilda, Elena.: <https://www.hamacaonline.net/titles/quines-flors-es-porten-a-una-fossa/>

Lo imposible del duelo

CLAUDIA LUJÁN

Envíte, en esta oportunidad, es hablar del duelo, tema que considero de una gran importancia clínica; dado que nos convoca a pensar qué lugar le damos los psicoanalistas a este padecimiento que, tarde o temprano, aparece en los relatos de nuestros pacientes.

Diversas disciplinas se han ocupado de este tema a lo largo de la historia. La sociología, la antropología, la filosofía, la psicología, la literatura, las artes en general; han intentado hacer un abordaje respecto de algo que forma parte de la condición humana: duelar las pérdidas; arrojando muy interesantes producciones.

Los ritos funerarios ya ubican una diferencia fundamental con respecto a otras especies, de lo que el sujeto hablante necesita hacer con la pérdida: darle una inscripción simbólica, social y subjetiva.

El hombre ha creado artificios, ha inventado ritos, ha desarrollado creencias a los fines de poder hacer algo con eso que se ha perdido. Darle un marco simbólico, un marco de palabras, un enlace imaginario, algún sentido a eso que irrumpe en la vida de alguien y deja un vacío. Creencias que creamos para alivianar el dolor, la angustia y el



temor que despierta el enigma de la muerte.

Una pérdida no necesariamente quiere decir una muerte; no son lo mismo. Sin embargo, a veces quedan fusionadas. La muerte implica una pérdida; pero no a la inversa. El acento debe caer sobre la pérdida. ¿Qué es lo que se ha perdido?

A lo largo de la historia, en diferentes tiempos y diferentes culturas, estos rituales han tomado las características singulares de cada comunidad, pero también cada quien, cada sujeto responde de maneras singulares ante sus pérdidas.

Toda pérdida conmueve la realidad cotidiana; el guion fantasmático de la existencia del sujeto se ve trastocado; se desdibuja el marco que encuadra nuestra existencia. Quien haya sufrido una pérdida medianamente importante en su vida, y haya sobrevivido a ello, sabe que es una experiencia que

se sufre, provoca dolor. Es un tiempo de tristeza, de dolor, de angustia, de desorientación donde la vida tal como la conocíamos, ha cambiado.

Un duelo es un proceso que se atraviesa; es una vivencia singular, que se anuda a la relación particular que cada quien sostenía con aquello que ha perdido. Pero... ¿qué es lo que se pierde en lo que se pierde?

Si gmund Freud, padre del psicoanálisis y maestro de generaciones de analistas, realiza un trabajo exhaustivo respecto del duelo, y da forma a sus reflexiones en un texto que tituló «Duelo y Melancolía».

Establece una diferencia entre ambos e intenta formalizar teóricamente los fenómenos o cuadros con lo que se encontraba en la clínica. Freud se pregunta: ¿en qué consiste el trabajo que el duelo opera? Y también, ¿qué ocurre cuando ese trabajo no se produce?

Así logra ubicar a la melancolía en contrapunto con el duelo, afirmando que el duelo no es patológico; pero la melancolía sí. Freud lo dice de este

modo: «Nunca se nos ocurre considerarlo –al duelo– un estado patológico ni remitirlo al médico para su tratamiento». No hay nada que curar en un duelo.

Define el duelo como una «reacción frente a una pérdida», reacción que desencadena trabajo subjetivo.

Ese trabajo consiste, básicamente,

en retirar de ese «objeto amado» –sea cual fuere–, la carga afectiva que, en ese lazo de amor, el sujeto ha depositado en él. Esa carga afectiva se llama libido. Una «retirada» de la libido, nos dice Freud, que no será sin resistencia, y que requerirá de un tiempo



Foto de Claudia Luján

que es singular para cada quien.

En principio, y uno de los puntos más importantes a tener presente, es que el duelo es un proceso normal. Cada quien atravesará sus duelos del modo en como su existencia se lo permita. Algunos mejor, algunos peor; dependiendo de toda una combinación de elementos psíquicos que se ponen en juego frente al acontecimiento de la pérdida.

Una de las preguntas que me hago es si los duelos no atraviesan, a veces, un tiempo de melancolización; sin llegar a constituir patologías más serias. Duelos encallados (en-callados).

Recuerdo una joven mujer que decía que, aun respirando, vivía como muerta. Así definía ella misma ese estado anímico cotidiano que padecía desde hacía años, acompañado de un diagnóstico de fatiga crónica y depresión. La preocupación de la familia y ese manto de tristeza permanente la empuja a la consulta. Poner a hablar de esa tristeza en el marco de un psicoanálisis le permite decir respecto de un duelo no tramitado, «en callado», un decir que «escribe e inscribe» la perdida.

Cuando los duelos quedan interrumpidos, ahogados, asfixiados, silenciados, permanecen ahí, como un volcán a la espera del momento de su erupción. Y tarde o temprano hace sentir su furor.

Estar «muerto en vida» es a veces un modo de decir lo que no ha podido ser dicho.

A lo largo de un tratamiento psicoanalítico se atraviesan varios momentos de duelos. Un análisis en sí es un trabajo de duelo.

Hay un punto imposible en el trabajo del duelo, dado que la palabra nunca alcanza para decirlo todo, y la verdad es siempre a medias.

El dispositivo analítico establece las condiciones de posibilidad para que eso se diga, de eso se hable; que se pueda decir de algún modo lo que es necesario perder para acceder a la condición humana.

Quizá no sea una sola vuelta, ni haya nada que resulte totalmente acabado en un duelo... quizá haya restos. El duelo es ese trabajo de escribir un «texto», inacabado, siempre abierto de lo que implica vivir habitados por la finitud que inscribe la muerte.

CLAUDIA LUJÁN

Psicoanalista. Miembro fundadora y ex presidente la Escuela Freud Lacan de La Plata (periodo 2015-2017), institución convocante a la Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis y de Convergencia. Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano. Miembro de la Fundación Europea para el Psicoanálisis. Miembro de la Asociación Discurso psicoanalítico. Colaborador de UMBRAL. Red de asistencia Psi. Coautora en los libros De los inicios y finales de análisis y Lo que la castración quiere decir ambos de la Editorial Escuela Freud Lacan de La Plata. Ha presentado trabajos psicoanalíticos en la Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis y en Congresos y Coloquios de Convergencia. Ha sostenido espacios de seminarios en las diferentes instituciones de las cuales participa. Ejerce su práctica clínica en Andorra y Argentina. claudialujanar@yahoo.com.ar



ColumnaVillarroya
Autorretratos

¿Captar la muerte?

Captar la vida

MONTSERRAT RODRÍGUEZ GARZO

«**D**etener el tiempo, una imagen de la detención del tiempo, el arte de detener el tiempo...» son expresiones frecuentes sobre fotografía que insisten en relacionar cuatro conceptos: tiempo, imagen, detención y arte, una conexión que incide en la posibilidad de representar la desaparición del lapso del tiempo, del intervalo, mediante recursos simbólicos. Sobre la noción de arte, evocamos a Gombrich:

«... no existe el arte como tal. Solo existen los artistas»¹, el artista como subjetividad irrepetible, y empleaba dicho término en su sentido etimológico para indicar lo que se puede adquirir para ejercitar una habilidad, condición que no existe al margen del cuerpo.

Nos acercamos al trabajo de Gaëtan Gatian de Clérambault y al de Columna Villarroya, dos fotógrafos que comparten una actitud: la insistencia en registrar la detención del movimiento vinculado a las imágenes del cuerpo, y la respuesta a los efectos de un acontecimiento: el tratar de hacer



posible la representación de lo irrepetible subjetivando una pérdida.

Columna Villarroya

Una circunstancia trágica está vinculada al origen del trabajo artístico de Columna Villarroya,² la muerte de su madre acaecida en 1978: «La muerte de mi madre se me escapó. Paré el dolor. No podía hacer otra cosa que llorar, llorar y llorar. No podía recordar su rostro. No tengo recuerdos de la muerte de mi madre. Sólo recuerdo que percibía el olor de quien me venía a ver». El olor, pura presencia, representación primaria de un lugar en el mundo que comparte su invisibilidad con la mirada y la voz.

1. Con este enunciado inicia Gombrich La historia del arte (The Story of Art, Phaidon, Londres, 1950), obra que cuenta con dieciséis ediciones.

2. Columna Villarroya Funes es una fotógrafa aragonesa que sostiene su trabajo artístico desde 1979. columnafoto.com <https://www.columnafoto.com>

Un fotógrafo muy cercano a la artista había retratado a su madre.

«[...]Un día cogí un negativo de los que tenía en casa y lo positivé, recuperando así la imagen del rostro de mi madre. En esa fotografía solo está mi madre. Guardo el negativo... Descubrí la fotografía a través del reencuentro, de no perder algo... Cuando muere mi madre, yo vuelvo a nacer. Con su muerte me doy cuenta de que la muerte es real [...] No guardo aquella foto, la rompí. Al recuperar la imagen de mi madre ya no tengo necesidad de tener una fotografía»³.

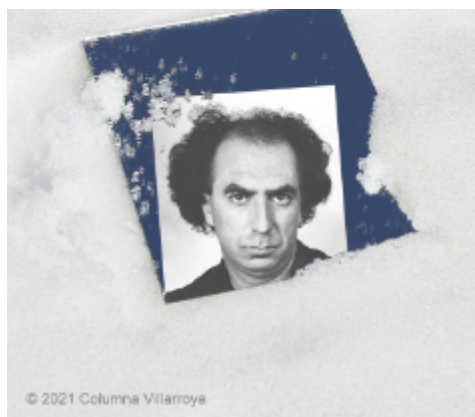
Columna no había efectuado el encuadre ni el disparo. Un encuadre localiza lo imprescindible, retira una parte de lo visible delimitando su expansión; es una delimitación del mundo que la mirada del fotógrafo puede fijar. La artista no hizo la fotografía, la reveló, y el descubrimiento apaciguó los efectos de la desaparición dando lugar a su nombramiento como artista. En el instante en el que descubrió la imagen que faltaba, algo se detuvo y apareció lo irrepetible: la artista, una construcción subjetiva del mundo mediante la cámara. Así es desde hace cuarenta y cinco años.

Con la muerte de la madre nace la artista, Columna, nombre con el que la conocemos y que no es con el que

está registrada civilmente. Por nombre le dieron Pilar y ella se dio el nombre de Columna. «El pilar es la columna», ha dicho en alguna ocasión. Ambas palabras significan soporte o fundamento, una función estructural, pero no suenan igual.

«[...] Rompí la fotografía de mi madre como rompí el retrato de ABD Víctor cuando falleció. Rompo las fotografías y guardo los fragmentos [...]». Fragmenta las fotografías deshaciendo la imagen de la unidad y las guarda con la intención de volver a hacer otro retrato con esos trozos.

De la experiencia de la recupe-



Columna Villarroya
Retrato Ángel Guinda

ración de la imagen de su madre se deriva lo que para Columna es el retrato fotográfico: «Una imagen es retrato cuando localizo un gesto en el que identifico algo que representa el encuentro». En esta re-presentación, el gesto que propicia el retrato es la descomposición de una imagen que

3. Los fragmentos entrecomillados pertenecen a la transcripción de una conversación con Columna Villarroya publicados en Rodríguez Garzo, M. Estados de Dolor, Cendeac, Murcia 2011, pp.

representa la detención. En otras series, Columna retrata capturando los rostros y sus proyecciones en un espejo, siendo el retrato la unificación de un despliegue.

«Era consciente de que sentada era como mi madre; reconocer ese gesto era la única forma de encuentro que tenía con su imagen. Anulé el gesto: no era mi posición, era la de mi madre [...]. Este encuentro con el gesto de mi madre dio paso a retratar a desconocidos [...] En el retrato me detengo cuando encuentro lo que reconozco, el gesto[...]. El gestocorporal es un retrato del retrato».

En Columna Villarroya, el encuentro con un gesto, su localización, detiene sus observaciones señalando así lo que para la artista representa la individualidad del retratado.



ColumnaVillarroya
RetratoABD Victor

El retrato, constante en los cuarenta y cinco años de oficio de Columna, germina en la presencia de un rostro ausente. Ahí acaba la re-presentación y nace la presencia, el gesto que acoge lo irrepetible.



ColumnaVillarroya
Retrato Lopoldo Panero

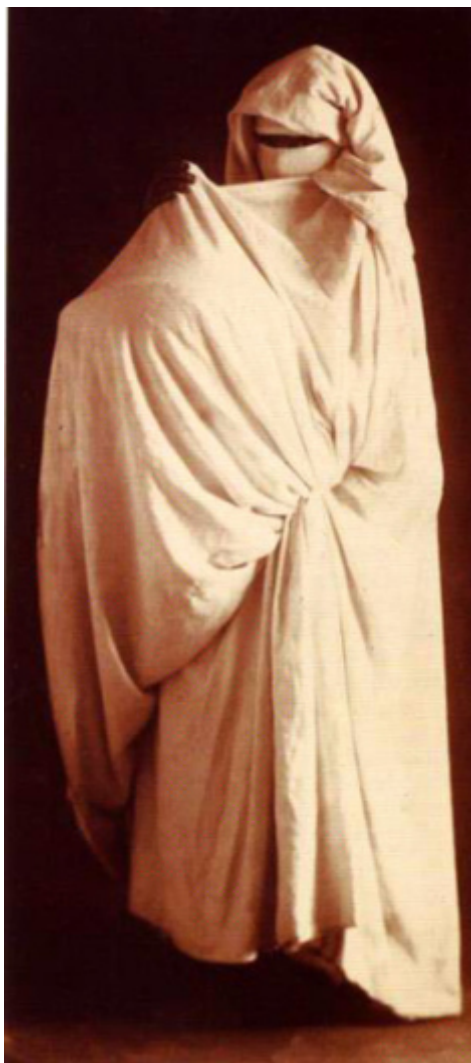
Gaëtan Gatian de Clèrambault

Clèrambault (1872–1934), psiquiatra, etnólogo, fotógrafo, historiador y docente en Bellas Artes. Un observador apasionado y un clínico riguroso que nos ha legado aportaciones fundamentales para el pensamiento psiquiátrico contemporáneo⁴ y una producción artística notable.⁵

Sus observaciones clínicas permitieron establecer los indicios de una posible crisis subjetiva previa a la ruptura del orden vital. Observó la persistente aparición espontánea de sucesos vacíos de significación que denominó «pequeño o gran automatismo mental», de causa orgánica, que alteran el orden del pensamiento y que son índice de la pérdida de la estabilidad psíquica. Estabilidad recuperable cuando quien la sufre crea una respuesta, un delirio o una alucinación, que da sentido a esas presentaciones enigmáticas. Más adelante Lacan, discípulo

4. El síndrome de automatismo mental en la concepción de Clèrambault es la base y la forma inicial de todas las psicosis alucinatorias crónicas y tiene un fundamento orgánico. En 1920, en una comunicación sobre «Automatismo mental y escisión del yo» expone la esencia de su teoría desarrollada en diciembre de 1923 y enero de 1924 en sus comunicaciones sobre «Psicosis alucinatorias crónicas». En febrero de 1927 publicó en los *Annales médico-psychologiques*, el conjunto de sus ideas sobre las «Psicosis a base de automatismo y el síndrome de automatismo».

5. Deleuze, G. *Le Pli. Leibniz et le baroque*, Les éditions de minuit, Paris, 1988, p. 53 y ss.



G. G. de Clèrambault

de Clèrambault, no relacionará estas presentaciones con las dinámicas del organismo sino con la subjetividad, con el orden vital de quien las genera.

La producción artística de Clèrambault insiste en recoger el gesto localizado en la fijación del movimiento de las envolturas del cuerpo de las muje-

res, su causay sus detenciones mediante la cámara. El punto de apoyo de las envolturas es el origen del despliegue, una detención casi contemporánea al mismo, como en las presentaciones psicóticas. Cuerpos envueltos en los que, en general, solo los ojos están libres de cobertura.



G. G. de Clérambault

En estas dos vertientes del trabajo de Clérambault es interesante pensar el posible punto de encuentro entre sus formulaciones sobre la mecánica de la fenomenología en las psicosis y la estructura de las observaciones en las que insiste fotográficamente: en ambas prácticas el núcleo de su interés es localizar el punto de arranque del despliegue: en las psicosis el inicio

del despliegue delirante o alucinatorio son las presentaciones enigmáticas o erotománicas, y en el trabajo fotográfico el despliegue de la cobertura corporal se inicia en un punto de apoyo principal previo al despliegue, asunto que no es ajeno a los descubrimientos de la embriología de la época, bien conocidos por Clérambault.

Añadimos que los pliegues de la vestimenta de los cuerpos que insistentemente fotografía evocan el doblamiento que da lugar a las capas que en el desarrollo embrionario dan lugar a la diferenciación celular. Pliegues que evocan la gastrulación, doblamiento que da lugar a las capas germinales (endodermo, ectodermo y mesodermo).

Clérambault conocía bien la embriología de la época: en Recuerdos de un médico operado de cataratas solo cita a Mathias Duval, maestro de embriología francesa.⁶

La salud de Clérambault se debilitó temprano, a los cinco años, poco después de la muerte de su hermana mayor, una niña de siete años a la que estaba muy vinculado. Su hermano menor murió un año antes de que Clérambault se suicidara. A los sesenta y dos años, sin descendencia a la que transmitir su apellido, práctica-

6. Dewambrechies-LaSagna, C.; Miller, Jacques-A. «Clérambault, una anatomía de las pasiones», en *Virtualia* 27, 2013. <https://revistavirtualia.com>



G. G. deClèrembault

mente ciego y seriamente afectado de una artritis invalidante,⁷ rodeado de sus libros, de su colección de pintura y de los maniqués de cera que cubría con las telas cuyos despliegues observaba, sentado ante un espejo se pegó un tiro en la boca.

Clèrembault, «el cenit de la clínica de la mirada»,⁸ sin visión y sin movimiento muere porque no le quedaba qué plegar, replegar o desplegar. Ecos de Henry Michaux: El niño nace con

veintidós pliegues. Ha de desplegarlos. La vida del hombre estará completa entonces. Por eso se muere. Porque ya no queda ningún pliegue que desplegar.

MONTserrat RODRÍGUEZ GARZO
Psicoanalista, docente y ensayista.

Ejerce el trabajo clínico en Barcelona. Miembro de UMBRAL, APOLA, APERTURA y SEMP. Autora, entre otros ensayos, de las siguientes monografías: Estados de dolor (Cendeac, 2012); Esquizofrenias y otros hechos de lenguaje. De la clínica analítica del Macba, 2002–2013, Brumaria 2015; Los nombres del padre. En torno a Pepe Espaliu, Brumaria 2015; Ponte el cuerpo. Acuerpamientos en la obra de Javier Codesal, Brumaria 2016. Participa con regularidad como ponente en congresos y jornadas clínicas en el ámbito psicoanalítico.
www.mrodriguezgarzo.es

7. Clèrembault padecía una artritis invalidante y una limitación visual severa causada por cataratas. Operado por Barraquer, no recuperó la visión. Clèrembault G.G. Recuerdos de un médico operado de cataratas (1935), traducción de J. M. Ballorca, Rev. AEN, 1994, 14, 51, pp. 687–699.

8. Alvarez J.M. (Consejo de Redacción). «Clèrembault, el cenit de la clínica de la mirada», Rev. AEN, 1994; 14, 51, pp. 687–691.

El duelo duele

RAÚL AZZARINI

Definición de Duelo: la Real Academia de la Lengua Española otorga dos acepciones a la palabra duelo, la primera como combate o pelea entre dos individuos o grupos y una segunda acepción derivada del latín tardío «dolus» que significa «dolor» y que se refiere al dolor, lástima, aflicción o sentimiento ligado a la muerte de alguien. Y también una tercera acepción ligada a la fatiga y al trabajo. Estas tres acepciones se articulan en el proceso de duelo.

El duelo es un dolor psíquico –a veces también acompañado por dolor físico– como manifestaciones de la angustia frente a la pérdida irremediable de un ser querido, una separación matrimonial, una posición económica y social, laboral o del país de origen. En realidad, cualquier cambio significativo para nosotros puede evocar y hacer resonar los sentimientos ligados a pérdidas fundamentales.

Desde el nacimiento, el ser hablante se ve enfrentado a la pérdida de una condición anterior aseguradora, protectora, pero inanimada. Vivir implica crecer, evolucionar, ir pasando etapas evolutivas con la consiguiente pérdida y desvinculación de las etapas anteriores. Es por eso que frecuentemente



la adolescencia pueda vivirse en muchos casos como etapa vital conflictiva donde se manifiesta la pérdida de la etapa anterior, la infancia conocida y suplantada por una nueva situación del cuerpo, de la vida parental y relacional con fuertes cambios, que no siempre pueden metabolizarse adecuadamente.

Vivir implica estar preparado para disfrutar de lo que, de nuestra vida, podemos obtener y apenarse por lo que inevitablemente vamos perdiendo por el camino vital.

En el duelo, duele el agujero que, en lo real, deja el ser querido que se ha ido, despojándonos de la posibilidad de volver a relacionarnos con él en el amor y también, por qué no, desde la competición o el odio. Es que al perder un ser querido o a una condición muy valorada, no solo perdemos el objeto de nuestros sentimientos, sino que también perdemos, de nuestro ser, la posición, lo que éramos o signifi-

ficábamos para el otro. Perder un hijo significa perder algo de la paternidad, perder a los padres es perder algo de la filiación, perder a amigos o hermanos es perder el espejo, el lugar, desde donde nos miraba el otro. Con el ser u objeto deseado y perdido se nos va también una identificación con él que nos deja también un agujero doloroso, herida que clama por cerrarse. El riesgo es la identificación, no con rasgos del ser perdido, sino con su ausencia, con el agujero que ha dejado, y caerse uno en él, con el riesgo de desarrollar una melancolía que condena a vivir con el deseo muerto.

Freud, en su trabajo «Duelo y melancolía», pensaba el duelo como un trabajo psíquico necesario, no para sustituir el ser u objeto perdido, sino para recuperar el deseo de vivir y de recuperar nuevos vínculos que lo estimulen.

En el duelo se establece una lucha entre la realidad, que muestra que el objeto amado o el ideal deseado ya no existe y que debe abandonarse el lazo emocional con él, y el deseo de conservarlo, que a veces incluso, en algunas personas, se producen alucinaciones (ver al familiar por la calle, el convencimiento de apariciones o de mensajes que éste puede enviar, etc.) motivadas por el fuerte deseo de recuperar el vínculo con el ser querido perdido.

Freud establece una diferencia entre el proceso normal del duelo frente a una pérdida significativa y la melancolía, en la que algunas personas por su estructura subjetiva pueden contraer.

La diferencia es que mientras en el proceso de duelo, el objeto perdido (ser querido, país de origen, ideales etc.) es conocido y reconocido por el sujeto, en la melancolía el sujeto a veces no distingue claramente lo que el sujeto ha perdido, o bien, sabe a quién ha perdido, pero no lo que con él ha perdido. Es decir, en la melancolía hay una pérdida no solo del objeto de amor sino del amor propio del sujeto, proceso que es inconsciente.

Si en el duelo, digamos normal, es el mundo el que se vuelve desierto y empobrecido por la ausencia de lo perdido, en la melancolía es el yo del sujeto el que queda empobrecido y disminuido en su amor propio. El melancólico se siente indigno de estimación, empobrecido y moralmente rechazable y condenable. Los procesos melancólicos pueden estar acompañados de síntomas de insomnio, rechazo de alimentarse y un sojuzgamiento de la pulsión vital.

La hipótesis de Freud, en relación a la melancolía, es que el Yo del sujeto se identifica con el objeto perdido amado y al mismo tiempo odiado, ambivalentemente. Y es su instancia moral –superyó, inconsciente– la encargada

de volcar el odio hacia el objeto perdido, con el cual el melancólico se identifica narcisísticamente, humillándolo, calumniándolo y haciéndolo sufrir. Es en este sentido que Freud dice que «la sombra del objeto perdido oscurece al Yo». Es en este «autosufrimiento» en el que el melancólico encuentra una satisfacción sádica y el riesgo es que el sujeto ya no se identifique con el objeto perdido (amado y odiado) sino con su ausencia, con el agujero que ha dejado e intente precipitarse en él mediante el intento de suicidio.

Una característica de los procesos melancólicos, es decir, de un proceso de duelo patológico, es que en algunos casos puede transformarse en manía, en el triunfo del Yo sobre el objeto perdido, donde se produce la emancipación de las ligaduras que lo ataban a él, y que lo hacían sufrir, apareciendo una tendencia opuesta hacia una inflación subjetiva que despierta la voracidad de encontrar nuevos objetos que suplan el objeto perdido.

En el duelo normal, los recuerdos y las palabras ligadas a estos recuerdos y la reconstrucción simbólica del vínculo perdido es lo que, mediante un tiempo (generalmente un mínimo de dos años) en el que se desarrolla el trabajo psíquico necesario y que implica un gasto de energía psíquica, le permite paulatinamente aceptar que el objeto está perdido y el doliente se permite

dirigir su deseo hacia otros objetos que la vida le ofrece

Es decir que, en los procesos de duelo, hay una lucha entre aceptar o no la ausencia definitiva del ser o de la situación personal deseada y también entre el amor y el odio (o decepción) sentidos, a veces inconscientemente, hacia éstos. Y el dolor inevitable ante la pérdida exige un tiempo y un trabajo psíquico necesario para la aceptación de la inevitabilidad de la ausencia y la recuperación del deseo de alcanzar cierta satisfacción con otros objetos que la vida nos ofrece.

En el doloroso proceso de duelo es oportuno solicitar la intervención psicoanalítica que permita acompañar al sujeto y pueda intervenir en caso de que se produzcan detenciones o dificultades durante el tiempo de su elaboración psíquica.

RAÚL AZZARINI
Psicoanalista.

Miembro Adherente de Umbral Red



MacarenaGonzález. Vallesagrado

Una conversación

EDUARDO MARDARÁS

Me gusta escuchar; no creo que sea una «deformación profesional» porque recuerdo que me gustaba ya desde muy pequeño.

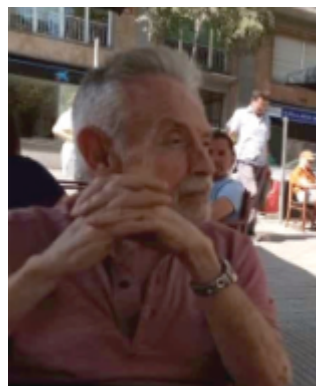
Así es que estaba yo tomándome una cerveza en uno de los bares cercanos a mi consulta y no pude evitar parar la oreja hacia lo que dos mujeres hablaban en una mesa contigua. Se trataba de dos mujeres de similar edad; entre los 40 y 45 años quizás. A juzgar por como se dirigían la una a la otra, se llamaban Elsa y Marisa. El tono de lo que se decían era amable pero de desacuerdo, pesqué el diálogo en el siguiente punto:

—No puedo entenderlo, Marisa, al fin y al cabo no era más que un animalito; ¿has pensado en recoger o comprar otro similar?

—Ni se me ocurriría, Elsa es como si yo, cuando se murió Raulito, te hubiera sugerido a ti adoptar un niño o intentar un nuevo embarazo.

—¡Por favor, Marisa, (el volumen de voz de Elsa se elevó un poco y su timbre se hizo más áspero) no se puede comparar un hijo con una mascota. ¡No se puede comparar!

No sé hasta qué punto esa mujer sabía cuánto de cierto había en lo que estaba diciendo; puesto que lo que piensa y siente cada ser humano no



es en absoluto comparable con lo que un semejante puede pensar o sentir en situaciones parecidas, que por otra parte nunca serán idénticas. La tan mentada «normalidad» sólo es aplicable a aparatos y robots previamente diseñados y con un comportamiento regular y repetitivo. No obstante parece evidente que ella también estaba haciendo (sin darse cuenta) una comparación implícita en ese «No se puede comparar». Pero volvamos a lo que yo oía:

—Sé que no quisiste quitarle importancia a la muerte de Fifo –le contestó Marisa– pero tampoco se puede decir «no era más que un animalito». Sabes que hacía 10 años que lo tenía y que desde que me dejó mi marido ese chucho empezó a significar cada vez más para mí. Una pérdida no se sufre tanto por lo perdido sino por el valor que eso tenía para quien lo perdió.

Casi se me atraganta la cerveza; me costaba creer que una mujer aparentemente sencilla tuviera una visión tan clara de lo que es el duelo: porque

al fin y al cabo ese era el tema que se traba en la mesade al lado. Pero Elsa siguió erre que te erre .

—¿Quieres decir que sufriste más por la muerte del perrito que, en su momento, por el abandono de tu esposo?

—Sufrí distinto; la verdad es que pasaron varios meses en los que no le presté casi ninguna atención a Fifo. Lo cuidaba casi automáticamente, decía que mi corazón estaba inundado de la tristeza de ese abandono hasta que un buen día empecé a sentir un fuerte cariño por el chuchito y a cuidarlo con mucho amor. Otro tipo de amor del que sentía por Reynaldo pero amor al fin y al cabo.

—Eso que dices me recuerda lo que le pasó a mi esposo cuando dejó Maruecos. Sabes que lo conocí allí y al cabo de tres años decidimos trasladarnos a España. Bueno, el primer año de él aquí fue de tristeza o de nostalgia; no se interesaba prácticamente por nada. Todo era extrañar su tierra y las gentes que había dejado allí.

—No puedes imaginarte lo que me sorprende que ahora te haya venido eso a la cabeza. Porque en general se cree que sólo las muertes producen tristeza y dolor por lo perdido, cuando lo cierto es que, con más o menos intensidad ese ¿cómo decirlo? «estado de ánimo», puede aparecer ante cualquier pérdida de algo que sea valioso para uno: un empleo o incluso un ob-

jeto. Yo tenía una conocida que tardó un buen tiempo en reponerse de que el mar se le hubiera llevado un anillo que su padre le había regalado cuando cumplió los quince años.

Yo estaba cada vez más maravillado de oír cómo esas dos mujeres entretejían en una «charla de café» lo que podría llamarse una descripción exhaustiva de los procesos de duelo. Iban mucho más allá de lo reconocido por todo el mundo como el duelo ligado a la muerte de un ser querido. Al punto de que dejé que la cerveza se calentara y acabé olvidándome de ella.

—Al final si no cambiamos de tema nos vamos a poner demasiado serios; pero todavía quiero preguntarte algo: ¿crees que esto que estamos charlando podría resumirse en ese refrán de «el tiempo lo cura todo»? A mí me parece una afirmación un poco superficial.

—Yo también creo que como todos los refranes es simplificador. Pienso que el tiempo es necesario para salir de un estado así. Pero creo que no es el mismo para todas las personas y situaciones. Nunca me atrevería a decirle a alguien «esto se te pasará en tres o cuatro meses» pero sí que le diría algo aparentemente tan vago como «verás como en algún momento la tristeza se irá disipando y sin que necesariamente olvides nada, comenzará a recobrar la ilusión de vivir»

Me gustó oír eso de «sin que necesariamente olvides nada». Me dio la

pauta de que Marisa de algún modo sabía que quien está pasando por un duelo no quiere olvidar, quiere en todo caso dejar de sufrir; pero olvidar puede parecerle atroz.

—La verdad es que si me hubieras dicho que ya se me pasaría cuando yo estaba hundida por la muerte de Raulito te hubiera saltado a la yugular.

—Ni se me habría ocurrido hacerlo; intenté acompañarte calladita y cariñosa durante más de un año. Bueno —reflexionó Marisa en voz alta— yo siempre creo que hago las cosas bien y a lo mejor no es tan así. Puede ser que en algún momento me hayas notado preocupada o inquieta, si fue así se trató de una torpeza o de una incapacidad mía para respetar tus tiempos y tus ritmos. Lo que me parece recordar es que sí que te dije algo similar cuando noté que la tristeza empezaba a pesarte y que tímidamente te quejabas de ella.

—Te confieso que cuando dijimos de encontramos hoy, ni por asomo me imaginé que íbamos a tener esta conversación. Si no te hubiera notado tan baja por la muerte de Fifo, ni se me hubiera ocurrido pincharte; ahora me doy cuenta de que no estuve bien. Dime: ¿de qué murió el animalito?

Cuando vi la hora en el reloj de pared me di cuenta de que tenía que apresurarme para llegar a tiempo a la consulta. No pude seguir escuchando; comencé a hacer señas al camarero

para que me cobrara esa cerveza que ni siquiera había consumido. Él me respondió con otra que parecía significar que ya pagaría otro día. Mientras recogía mis cosas noté que ellas continuaban hablando, pero habían cambiado de tema: ahora comentaban una película que al parecer habían visto ambas pero no juntas. Yo estaba de acuerdo con Elsa en que había hecho mal en minimizar el dolor de su amiga por la muerte del perrito. Pero al mismo tiempo le estaba agradecido porque eso había provocado una conversación muy inteligente sobre distintos aspectos de lo que es el duelo. Una conversación que llegaba a asomarse a los casos en los que algunos duelos se quedan sin evolucionar y surge el peligro de la melancolía. El tiempo no borra nada pero sí que crea un lecho en el que se introducen nuevos deseos; cuando eso no ocurre estamos ante un duelo no elaborado, congelado que se conoce como melancolía y que conduce hacia la muerte del ser.

EDUARDO MARDARÁS.
Psicólogo-Psicoanalista,
colaborador de Umbral. Miembro
de la Fundación Europea para el
Psicoanálisis. Miembro de la Escuela
Lacanianana de Psicoanálisis y de la
Biblioteca Freudiana de Barcelona



MacarenaGonzálezEspinosa. Ollantaytambo

Fotografía de un duelo

MACARENA GONZÁLEZ ESPINOSA

¿Cómo se mira algo que nunca más se va a ver? ¿Cómo se puede olvidar aquello que nunca se ha tenido? Pedro Lemebel

Un personaje se pregunta si existe alguna forma de mirar por última vez, como si en esa mirada pudiésemos conservar algo de lo que miramos o, al menos, dar cuenta de un final. El personaje duda sobre la posibilidad de olvidar aquello que no tuvimos y, por lo tanto, no es nuestro para olvidar; como nuestros amores.

Profundamente nuestros, profundamente otros.

Hoy pareciera que nos resistimos a estas preguntas. Le damos la contra al «nunca más se va a ver», nos aseguramos artificialmente frente al tiempo y la muerte. La excitación que causó la fotografía en sus inicios tuvo que ver, precisamente, con su capacidad de inmortalizar la imagen percedera. Con la digitalización de la fotografía y la proliferación de cámaras en los bolsillos, queda claro que nos aferramos a esa ilusión cada vez más.

Y no se trata de la foto, sino del mirar. Ni se trata del olvido, sino del añorar.

Cuando se me invitó a participar de este número de la revista, me propusieron postular una fotografía para el número sobre el duelo. Respondí con torpeza, las palabras «fotografía» y



«duelo» retumbaban como un conjuro viejo. Mi padre fue fotógrafo y murió cuando yo tenía 5 años. Nos dejó una casa con un estudio de fotografía; ese sería nuestro hogar. Así empezaron a precipitarse las ideas y sentires que compartiré en este artículo.

Al referimos al duelo como un proceso, suele entenderse que éste alcanza un punto de resolución, de superación o que «por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea»¹. En mi experiencia, es más bien cíclico y se transforma conforme se transforma la vida, a veces más quieto y tranquilo, a veces más demandante. Es una de mis sospechas y podría haber quedado desatendida, pero las enigmáticas contingencias de esta invitación me obligaron a darle una mirada.

No me dedico a la fotografía, es una afición que cultivo especialmente cuando estoy viajando sola. La cámara es también compañera en esos días

1. Freud, S. (1915) «La transitoriedad», Obras Completas Vol. XIV, p. 311.

y acompasa el ritmo de mis paseos, suspendiendo a ratos el tiempo para capturar una imagen. Cuando vuelvo a ellas, las fotos son fragmentos vistos desde un cierto encuadre, distinto de mi recuerdo y volviendo transformadas, me traen una nueva escena. En este sentido, la fotografía evoca el tiempo de lo inconsciente; atemporal, interrumpido y repetitivo. En nuestra vida psíquica las vivencias y los vínculos que nos marcan, nuestros afectos y deseos se rebelan contra el tiempo cronológico y tienden a volver circularmente, transformados cada vez en algo nuevo². Vivimos simultáneamente en esas dos temporalidades –la que avanza implacable y la que suspende– y la muerte de nuestros amores irrumpe en ambas: ocurre en una fecha que quedará en el pasado, pero no pasa.

Por este motivo, las circunstancias y desafíos de nuestra vida presente no están aislados de nuestra vida psíquica. Hace pocos meses, con 32 años, llegué a una nueva ciudad a continuar mi formación en psicoanálisis, han pasado 27 desde que murió mi padre, y sin embargo...

Quizás el hilo de desamparo que teje la migración jalona las costuras del duelo y duele.

Aquí viene a cuento la segunda pregunta del personaje de Lemebel

«¿Cómo se puede olvidar aquello que

nunca se ha tenido?», ¿cuándo pasa el duelo? ¿cuándo alcanzamos la superación que prometen los manuales, cuándo expira?

La relación que tenemos con la persona que muere es algo distinto de esa persona y de nosotros mismos. Un vínculo es inmaterial, no existe en ninguna de las dos personas, sino entre ellas³. Con aquellas personas que forman parte de nuestra vida íntima compartimos modos de ser y modos de estar-con. Existimos de una manera particular en esa dimensión compartida y la muerte del otro ocurre también ahí. De hecho, en mi país, cuando muere una persona muy cercana es muy frecuente escuchar «se me murió mi mamita», o peor, «me lo mataron»; la muerte del otro nos ocurre. Nos enfrenta a nuestra fragilidad, a nuestra impotencia y a los límites propios de la condición humana.

En una carta personal tras la muerte de su hija y su nieto, Freud dice:

Aunque sabemos que después de una pérdida así el estado agudo de pena va aminorándose gradualmente, también nos damos cuenta de que continuaremos inconsolables y que nunca encontraremos con qué rellenar adecua-

3. Meloni, C. (2009) «De la différence sexual» en *Mujer es Querer*. Madrid: Minerva.

Freud, S. (1972) «Carta a Binswanger» en *Freud: Epistolario 1873–1939*. Barcelona: Plaza& Janés, p. 339.

León-López, P. (2011) El duelo, entre la falta y la pérdida. En *Desde el jardín de Freud: revista de psicoanálisis*, nº 11, págs. 67–76.

damente el hueco, pues aún en el caso de que llegara a cubrirse totalmente, se habría convertido en algo distinto. Así debe ser. Es el único modo de perpetuar los amores a los que no deseamos renunciar.⁴

Aquí abandona la hipótesis de la expiración espontánea del duelo, pues encuentra que la pena nunca se aliviará del todo porque son amores irremplazables. Y es justamente su alteridad –su cualidad de ser otros, distintos de una misma– la que va más allá de nuestro control y, como dice Freud, hasta el vacío que dejan se transforma y no lo podemos colmar. La muerte nos impone el trabajo de duelo, pero no es un trabajo que podamos acabar por nuestra cuenta y hace falta rendirse ante este límite⁵. Decíamos antes que el vínculo es un «entre» dos y que la muerte ocurre ahí, pero ahí también seguimos quienes quedamos con vida. Sospecho que el vínculo no acaba con la muerte y que el duelo se trata de refundarlo.

La muerte nos pone ante el límite de toda comunicación y toda palabra. No podemos hablar con los muertos, pero ahí donde persiste el vínculo, en nuestra vida psíquica, nos quedan algunos caminos. Para Julia Kristeva, el discurso de la intimidad se habla en

lenguaje poético; donde las palabras no alcanzan a decir lo que sentimos, nos rescata la metáfora y el símbolo, los rituales personales que nos permiten hacer algo con aquello que no se sabe decir. Este lenguaje es absolutamente singular y no pretende ser comprendido ni permanente, sino abrir otros canales para aquello que nos desborda; más que un producto, es una acción, un hacer⁶.

Me aventuro a pensar que mis paseos con la cámara son una forma de ritual, un invento para estar con, un tiempo suspendido para tentar cierta forma de mirar, un hacer con el enigma del vacío que cambia de forma. Cuando surgió esta oportunidad me asaltó la pregunta: ¿cuál de mis fotos no hablará del duelo?

Llegando al final cambió la pregunta, ¿no será este texto la fotografía de un duelo?

6. Kristeva, J. (1984) *Revolution in Poetic Language*. Nueva York: Columbia University Press

MACARENA GONZÁLEZ ESPI-
NOSA

Licenciada en Psicología Clínica, especialista en género y derechos humanos. Magister en Psicoanálisis y Teoría de la Cultura por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente, continúa su formación en el Máster en Teoría y Práctica Psicoanalítica de Apertura (Barcelona).

4. Freud, S. (1972) «Carta a Binswanger» en Freud: Epistolario 1873–1939. Barcelona: Plaza & Janés, p. 339.

5. León-López, P. (2011) El duelo, entre la falta y la pérdida. En *Desde el jardín de Freud: revista de psicoanálisis*, nº 11, págs. 67–76.



Gaby Oggero. Cementerio de Las Varillas,
Córdoba Argentina, agosto 2024

Unas palabras para una amiga que se fue

DANIELA APARICIO

Cómo decir algo cuando faltan las palabras. En qué cabeza cabe que no estés aquí con nosotros. Y sin embargo, solo nos queda decir algo de ti, y por ti. Somos carne de palabras. Para nosotros el mundo existe a partir de nombrar las cosas. El mundo existe por ser nombrado, y tú también. Para nosotros, habitar el mundo es habitar el lenguaje. Este es nuestro nexo con la vida, las palabras para decirlo, incluso lo indecible.

Y nombrarla, ella habita esas palabras. Hablé con ella por intuición unos días antes. No sé ni por qué ni cómo, hacía tiempo que no lo hacía y le escribí; luego hablamos y me contó. Ella venía a visitarme cuando las cosas no eran fáciles; selo agradecí tanto... Entendí rápidamente el sufrimiento que atravesaba y le dije «HINENI», que en hebreo significa «aquí estoy», o «aquí me tienes».

Nadie sabe del todo cuándo toca partir. Difícil estar y no estar a la vez, ser o no ser, esa es la cuestión. De allí la profunda negación que acompaña a veces el momento terminal, sobre todo cuando el deseo es de vida. Cómo aceptar esa despedida irreversible, o la caída en el más allá.



¿Y por qué no en el más allá? «Tierra eres y tierra serás», así de impecable es el recorrido vital en el Génesis. Un retorno limpio a los orígenes, nuestra tierra madre, la que nos parió con amor, en el mejor de los casos. Madre tierra que nos regaló la vida para hacer con ella lo mejor que pudiéramos, y que hemos aprendido para saber avanzar. Recuerdo con tanto cariño dos visitas con ella... Una en Valencia, hace unos años, nos fuimos las dos a ver una antológica del pintor Genovés y salimos iluminadas, por el lugar y la creatividad. Otra fue el viaje a Zaragoza para contemplar a otro artista genial, Víctor Mira, uno de los grandes. Nos unía el amor por el Arte, no todo era psicoanálisis.

Recuerdo que hablamos de Kandinsky, De lo espiritual en el arte. Él decía esas cosas brillantes, como que la abstracción no era lo contrario de



MacarenaGonzálezEspinosa. Córdoba

lo figurativo. Depende del tiempo que hay que tomarse para mirar el cuadro. La abstracción es la capacidad de abstraerse de la inmediatez de la comprensión. La muerte podría ser la abstracción más radical, el intento de tomarse el tiempo para atrapar algo de

lo que queda, para decir lo indecible de la ausencia.

A-Dios, para que la muerte no diga las últimas palabras, por eso las decimos nosotros. Si no responde es porque responde dentro de nosotros. El lugar donde mis muertos son mis

recuerdos y palabras. En sus escritos, que han quedado grabados, también. No hay otro modo de decirlo, puesto que de eso se trata. Toma vida, o palabra, cuando lo decimos nosotros.

Levinas (La muerte y el tiempo) define la muerte como la paciencia del tiempo, un reto para el mortal superviviente. Una experiencia de la no-respuesta del Otro que nos ha constituido, o acompañado. La primera muerte es la del Otro, y la segunda, ya se sabe. Hay una extraña culpa del superviviente, culpa sin falta ni deuda, pero con responsabilidad (eso lo dice Derrida en el funeral de Levinas). Esa responsabilidad nos obliga a tomar la palabra ahora para este homenaje.

Recomiendo también dos textos de Freud: «Consideración sobre la guerra y la muerte» (1915), a raíz de la primera guerra mundial, y otro escrito suyo, «La transitoriedad» (1915), texto que articula la vida con su finitud, radical e indiscutible, sin retorno.

Igual falta poco, siempre falta poco. Por eso me cogió esa fiebre de decir algo. Tenía que decir algo antes de decir a-díos. Decirles algo a todos -tantos- los que me ayudaron a lo largo del recorrido. De ellos no quisiera despedirme nunca, no dejarles este dolor ciego y punzante que amarga la boca en su mordisco de soledad. A mí me toca profundamente su ausencia y me llena de una triste nostalgia.

Qué hacer con la muerte en nuestras vidas. Cómo hacer con la muerte de un ser querido. O de un ser amable y cariñoso que poblaba nuestro paisaje vital y era parte viva del mismo. Qué hacer cuando desaparece y deja un agujero negro y vacío. Y sí, los optimistas nos dirán que deja tantas otras cosas también, de creación y de luces, nos deja su fuente. Sin duda, también es cierto. Desearía sentirlo así. Me decanto por eso último con el agujero en el alma, nuestra maldición, o condición humana. Que de ser mortales se trata. De ser carne de amores a devenir soportadores de pérdidas, y de duelos. Mientras uno espera la propia pérdida, la única que tiene, como grato alivio terminal, el final de los sufrimientos y de las despedidas. Hoy es un día triste para mí, la pérdida de una amiga entrañable, que remueve fuertemente todas mis ausencias.

DANIELA APARICIO
psicoanalista
AME de la EPFCL



FotoCarolinaBortheiry



Carolina Borthey

Las fotografías incluidas en este número de la RedVista,
gentilmente cedidas especialmente para su utilización en esta revista
de difusión gratuita, son propiedad de los autores que se indican.

Diseño, maquetación <chapuis@telefonica.net>
Todos los derechos reservados. Asociación Umbral
CIF G-63642920, Travessera de Dalt 21, 1ª 2ª, 08024 Barcelona.

UMBRAL

es una red asistencial compuesta por psicoanalistas, psicólogos clínicos y psiquiatras, creada en Barcelona en 2002.

Se propone como una red solidaria y sin fines de lucro que ofrece tratamientos con honorarios accesibles a las personas o instituciones que lo soliciten, permitiendo así que las demandas no queden sin atención por motivos económicos. Se trata de escuchar el malestar o la angustia con el tiempo necesario para acompañar a un sujeto hacia un cambio de posición subjetiva frente a su historia. Cuenta con sedes en Barcelona, Tarragona y Girona.

UMBRAL tiene el rasgo particular de haber conseguido un lugar en la comunidad a la hora de elegir un recurso para tratar el sufrimiento psíquico. La Red-vista de Umbral trata de llevar parte de esta experiencia a una publicación. Intentamos, pues, transmitir algo del estilo y del saber propio del psicoanálisis más allá del medio psicoanalítico. Para conocer más sobre Umbral y la Red-vista, puede visitarse nuestra página web:
<https://umbral-red.org>

